

© ARCI SOLIDARIETÀ CESENATE Progetto *Un mar de sueños / Progetto Un mare di sogni* (secretaría: Arci Solidarietà Cesenate, Via Ravennate 2124 - 47023 Martorano di Cesena (FC), Italia; e-mail: cesena@arci.it). Director: Danilo Manera (Universidad de Milán).

Los ensayos *Cittadino del mondo, combattente per la libertà* de Alfonso Scirocco (Universidad de Nápoles "Federico II"), publicado en el libro *Giuseppe Garibaldi tra storia e mito*, edición de Cosimo Ceccuti y Maurizio Degl'Innocenti (Lacaita, Manduria 2007), e *Il "noviziato" di Garibaldi in America Latina: la "scuola delle palle" e la "scuola morale"* de Anna Maria Lazzarino Del Grosso (Universidad de Génova), así como el texto de Roberto Speciale (Fundación Casa América de Génova), han sido traducidos al castellano por Miguel Ángel Cestao.

El ensayo de Augusto Ferrero, *La presencia de Garibaldi en el Perú*, ha sido publicado en 2005 por la Universidad de Lima, en la Colección Cátedra, con el apoyo de la Embajada de Italia en Lima. Lo reproducimos con el permiso del autor, junto con el prólogo de Annita Garibaldi.

Los extractos de las *Memorias autobiográficas* de Giuseppe Garibaldi proceden de la traducción de Odón de Buen - naturalista, político y publicista, nacido en Zuera (Zaragoza) en 1863 y fallecido en México en 1945 - publicada por El Porvenir Editorial de Madrid en 1888 y aquí levemente retocada.

En la portada: A. Giannini, *Retrato de Garibaldi*, óleo sobre tela, cm. 81x66. Colección garibaldina de la "Associazione Combattenti e Reduci Sezione 24 maggio" de Quarto dei Mille. Y en la contraportada: foto de G. Le Gray, *Garibaldi en Palermo* (1860)

Proyecto gráfico de Brighi e Venturi

Primera edición: 2007

ISBN 88-88405-48-8

GARIBALDI Y AMÉRICA LATINA

*Escritos de Giuseppe Garibaldi, Annita Garibaldi,
Augusto Ferrero, Anna Maria Lazzarino Del Grosso, Alfonso
Scirocco, Roberto Speciale
Traducciones de Miguel Ángel Cestao
Edición de Danilo Manera*

Alfonso Scirocco

CIUDADANO DEL MUNDO, COMBATIENTE POR LA LIBERTAD

Septiembre de 1867. En Ginebra se está celebrando el primer congreso internacional de la *Liga de la paz y la libertad*: el presidente James Fazy saluda a Garibaldi como "el hombre más valeroso y más desinteresado de su siglo..., el hombre que personifica las aspiraciones democráticas y filosóficas de las nuevas generaciones".

Garibaldi tiene ya sobre sus espaldas 40 años de militancia en las guerras de Sudamérica y en Italia, desde el crucero corsario de 1837 a la participación en la tercera guerra de la independencia en 1866; sólo le quedan por vivir la amargura de Mentana y la campaña de los Vosgos. Desde el momento culminante de la expedición de los Mil, inmediatamente después de la victoria en la batalla del Volturno, ha empezado a reflexionar sobre la necesidad de prevenir y resolver de modo pacífico los conflictos, para evitar dolorosos sacrificios de vidas humanas y un derroche de dinero gastado en armamento.

Marinero mercantil, en 1833 se había visto conquistado por el socialismo utópico de Saint

Simon y por la religiosa reivindicación mazziniana de las identidades nacionales, que ante todo impone el advenimiento de una Italia unida, independiente de gobiernos extranjeros, y republicana. Tras un fallido intento de insurrección en Génova, se había ido a combatir por la libertad de pueblos lejanos a los de su tierra, y lo hizo por Río Grande, una región de Brasil que se había rebelado contra el gobierno imperial, y por Uruguay, al que la inmensa Argentina amenazaba.

Se convierte en famoso por lo temerario de las empresas que protagoniza por mar y por tierra. En Río Grande mantiene a jaque a la preponderante flota brasileña en la Lagoa dos Patos y en mar abierto. En Uruguay se une a las escuadras navales enviadas por Francia e Inglaterra para tutelar notables intereses comerciales. Es un evento importante. Los cargos que ostenta en Montevideo le permiten entrar en contacto con diplomáticos y militares europeos que elogian su arrojo, aprecian su capacidad de cabecilla y de movilizador de masas, resaltan su actitud desinteresada y su humanidad. La fama de sus hazañas en el Río de la Plata y en la defensa de la ciudad asediada va más allá del ámbito local. Su figura empieza a ser conocida en Europa a través de la prensa, que da a un público amplio noticias sobre las operaciones en curso en la lejana América. En el verano de 1845, al mando de naves uruguayas, Garibaldi participa en una expedición anglo-francesa en los ríos Paraná y Uruguay, que

tenía el objetivo de garantizar la libertad de navegación, bloqueada por parte de Argentina. La prensa europea sigue atentamente la operación, y en febrero de 1846 Garibaldi mantiene la posesión de la pequeña ciudad de Salto, enfrentando a fuerzas a muy superiores. Es un pequeño hecho de armas, pero los uruguayos lo festejan como una importante victoria, y tributan un reconocimiento solemne a los vencedores: Garibaldi rechaza el ascenso que le ofrecen a él y a sus compañeros, subrayando el hecho de haber tomado las armas "a favor de un pueblo al que la fatalidad ha puesto a merced de un tirano".

La amplitud cosmopolita de la misión de desinteresado combatiente por la libertad había sido manifestada con claridad el año anterior, en 1845, en Montevideo. Rechazando una oferta de tierras para la legión italiana bajo su mando, Garibaldi afirmó que los legionarios, "convencidos de que es un deber de todo hombre libre combatir por la libertad allá donde aparezca la tiranía, sin distinción de tierra ni de pueblo, porque la libertad es patrimonio de la humanidad", habían seguido la voz de la conciencia al tomar las armas a favor de los uruguayos. "Satisfechos por haber cumplido su deber de hombres libres", seguirán compartiendo "pan y peligros" con la guarnición de la ciudad "sin ningún deseo de aceptar distinciones o premios de ningún tipo".

Con el mismo espíritu Garibaldi, en noviembre de 1860, en el momento en que dona un reino a

Víctor Manuel, rechazará honores, cargos y prebendas: el collar de la Annunziata (máximo honor del reino de los Saboya), un título nobiliario, el ascenso a General de armada, un castillo, un barco, y regalos para los hijos: una hacienda para Menotti, una dote para Teresita, el nombramiento de Ayudante de campo del rey para Ricciotti. El patriota húngaro Lajos Kossuth la juzgará una decisión sin precedentes en la historia de la humanidad. En los comentarios políticos y en las estampas populares se hará un parangón reiterado con Cincinato y con Washington.

Los ecos de la defensa de Salto y el desinterés personal con el que el exiliado lucha por la libertad de pueblos extranjeros llegaron también a Italia. Mazzini, que considera que tiene en él a un seguidor fiel, difunde en Francia y en Inglaterra, en 1846, las noticias sobre sus empresas y el noble rechazo de cualquier compensación. El nombre de Garibaldi empieza a circular entre los demócratas de toda Europa.

En Italia se apropian de su figura también los moderados. A mediados de los años cuarenta en la península se desarrolla un debate sobre la posibilidad de alcanzar la unidad política con medios pacíficos. Las repetidas tentativas de insurrección promovidas por Mazzini han fracasado. Una federación de Estados regionales parece una alternativa posible. El primer paso es conseguir la

independencia respecto a Austria, dominadora del Lombardo-Véneto, y que ha intervenido varias veces con las armas para apoyar a los soberanos reaccionarios. Se invoca un líder carismático que guíe hacia la victoria. Cesare Balbo afirma que daría todas las glorias literarias, artísticas y científicas del país por un capitán que demostrase "la existencia presente y eficaz del coraje italiano". Ese capitán parece poder ser Garibaldi. Sus empresas se exaltan en opúsculos y periódicos, se lanza una suscripción para concederle una espada de honor, y medallas a los vencederos de Salto. Entre los suscriptores, en Italia y fuera de ella, se encuentran personalidades políticas de todas las facciones.

Garibaldi, en efecto, está abierto a todas las soluciones que conduzcan a la realización de la unidad nacional. No es un "hombre que cambia de camisa según las estaciones". Es un hombre no atado a esquemas ideológicos, a sistemas abstractos que pretendan ofrecer una solución completa de los problemas político-sociales, derivada de principios axiomáticos. Posee un patrimonio de valores en los que cree, de los que es defensor y testigo: rescate de las nacionalidades, ordenamiento de tipo republicano, defensa de los derechos humanos, justicia social. Para su realización no sigue categorías preconcebidas. Su lenguaje simple, sus razonamientos a veces algo aproximativos, lo hacen muy comprensible para las masas. República, a su parecer, es "el sistema de la gente honesta, sistema

normal deseado por la mayoría, y por tanto no impuesto con violencia o con la impostura”, y si los ingleses “se sienten contentos con su gobierno de la reina Victoria... republicano debe considerarse ese gobierno”.

Gobierno legítimo es para él aquel que representa los intereses de la nación. En primer lugar, en la realidad de su acción como combatiente por la libertad, tiene como punto de referencia un gobierno –aunque se trate de uno provisional– que dirige la lucha por afirmar y defender la identidad nacional. Garibaldi no piensa, como Mazzini, que sea fácil suscitar la iniciativa revolucionaria con unos pocos hombres, confiando en la espontánea sublevación de amplios estratos de la sociedad. Al contrario, quiere llevar su espada al lugar en que el movimiento de lucha contra la ocupación extranjera o contra un régimen opresor sea ya fuerte, se haya organizado ya y haya tomado formas institucionales. Desde los años sudamericanos hasta los asuntos italianos le preocupa constantemente legitimar su posición de voluntario mediante la convalidación por parte de autoridades reconocidas, y cuando, con la expedición de los Mil, con la tentativa de Aspromonte y Mentana, se moverá fuera de los límites de la legalidad, invocará la figura del rey como garante de la iniciativa popular. Ernesto Che Guevara, al que a veces se le compara, poco acertadamente, no pretende suscitar la revolución con pocos medios, con la idea de que ésta debe

estallar donde existe un descontento profundo, ni se dirige a los desheredados para incitarlos a la lucha de clases.

Es por ese motivo que en 1847, desde Uruguay, ofrece su espada a Pío IX en caso de que el Papa, que había iniciado un camino de reformas, fuera atacado por los austriacos. Y es por ese motivo por lo que, de vuelta en Italia en junio de 1848, mientras se batalla en la guerra contra Austria, sostenida principalmente por el Piamonte, declara que no ha sido nunca “favorable a la causa de los reyes”, pero solamente porque éstos provocaban los males de Italia: en la situación actual se ha hecho monárquico, y llega para ofrecer su abrazo a Carlos Alberto, “que se ha convertido en el regenerador de nuestra península”. La visión realista de las relaciones de fuerza y de las urgencias del momento, es decir, de la necesidad de que a un ejército regular como el austriaco se contraponga otro ejército regular, el piamontés, lo lleva al final a alejarse de Mazzini. Con mayor fuerza, en septiembre de 1848, tras el armisticio entre Piamonte y Austria, mientras en Turín, Florencia, Roma, Nápoles, Palermo, los pareceres se dividen sobre el enfoque que se le podría dar a una unión de viejos Estados cada vez más problemática, confirma que “no he venido a establecer sistema, a erigir más repúblicas que constituciones, sino a servir a nuestro país y a ayudar a expulsar a los alemanes; siempre he predicado la necesidad de aliarse contra el enemigo

común y dejar otras discusiones para después, y he combatido con toda mi energía a cualquiera que deseara proceder en el sentido opuesto”.

Con los voluntarios se puede vencer batallas, no una guerra. “Siempre he sido republicano, toda mi vida”, declarará en 1854, pero con iniciativas improvisadas como las promovidas por Mazzini “no se reúne un ejército para echar a los austriacos y al Papa; para las masas, para el pueblo italiano hay una sola bandera: ¡la unidad y la expulsión de los extranjeros!”. Y para conseguirlo es necesario apoyar a la monarquía saboyana, la única que después de 1848 ha conservado la constitución, con el Parlamento y la libertad de prensa, y que está dispuesta a enfrentarse a Austria.

Su fama no empalidece en los años grises del segundo exilio. En 1849, a la cabeza de jóvenes provenientes de toda Italia, defiende la república romana, atacada por los franceses, que habían llegado para restablecer el poder temporal del Papa. El valor demostrado contra el que es, al tiempo, el ejército más aguerrido del mundo refuerza su fama de combatiente intrépido. Las vestimentas excéntricas lo hacen un personaje pintoresco, que aguijonea la fantasía popular, mientras que los episodios que lo muestran como protagonista sobre los campos de batalla se han dado a conocer incluso a las masas analfabetas, mediante octavillas, estampas alegóricas, y con las primeras fotografías.

Retratos, escenas de batallas, estatuillas, bordados en los pañuelos y las banderas, muebles taraceados, se multiplicarán a partir de 1859, y difundirán su imagen por doquier. “Honor al campeón de la libertad de ambos hemisferios”: con este lema es recibido en Nueva York en el verano de 1850. “Héroe de ambos mundos”, lo definen en Uruguay los antiguos compañeros de armas.

Cuando vuelve a Italia en 1854 la apertura a la monarquía saboyana y la confianza acordada para el joven rey Víctor Manuel II lo alejan de los antiguos conspiradores, que esperan aún que algo suceda gracias a las insurrecciones. Expresa con claridad su punto de vista: “...las masas que pueden hacer una revolución no son necesarias a la hora de formar un ejército para sostenerla, no teniendo con nosotros sobre todo a los campesinos... Apoyarse en el gobierno piemontés es un poco duro, lo comprendo, pero creo que es el mejor partido. Y luego amalgamar a ese centro todos los diferentes colores que nos dividen, se haga como se haga, a cualquier precio”. “En Piemonte -escribirá también en febrero de 1857- hay un ejército de cuarenta mil hombres y un rey ambicioso. Esos son los elementos de iniciativa y de éxito en los que creen hoy la mayoría de los italianos”.

Oficialmente está del lado de la monarquía también en 1859. Cuando empieza a perfilarse la guerra con Austria con el descenso de Napoleón III

en Italia, acuden al Piamonte miles de jóvenes entusiastas, y se le confía un cuerpo formado por voluntarios, que debe atestiguar la presencia popular en el interior de la guerra regia. Los *Cazadores de los Alpes*, poco más de treinta mil hombres, subordinados a la jerarquía del ejército regular, se mueven en la zona del lago Mayor. Con sus habituales movimientos por sorpresa, Garibaldi desorienta a los enemigos, entusiasma a las poblaciones, vivifica las glorias de 1849. Lo visitan, para conocerlo, periodistas y viajeros extranjeros, que descubren maravillados a un hombre circunspecto, muy cuidado de su persona, elegante en su uniforme del ejército piamontés, afable conversador.

El suyo es un itinerario personal que lo distingue de los otros republicanos. De hecho, se propone como mediador entre monarquía y pueblo, a veces interlocutor de la monarquía, a veces intérprete audaz de instancias revolucionarias que su prestigio mantiene encauzadas en el programa de la unidad con la Casa Saboya. Se presenta como interlocutor cuando, tras el armisticio de Villafranca, Austria se queda en la península con su peso de gran potencia y las esperanzas concebidas en la primavera de 1859 parecen frustradas. Pero en Toscana, en los ducados, en las Romañas, los antiguos soberanos no consiguen volver. La *revolución de los moderados*, que invocan la anexión al Piamonte, mantiene la situación en vilo. En la Italia central se crean

gobiernos provisionales y se organiza un pequeño ejército. Garibaldi quería servirse de él para invadir el Estado pontificio, agrediendo desde el norte al reino borbónico. Es un movimiento arriesgado, porque las grandes potencias no han reconocido todavía la evolución que ha sufrido el forma política de la península. El rey en persona invita a Garibaldi a que desista de su propósito. Obedece. Dimite y vuelve a la vida privada.

La cuestión de la Italia central se resuelve de acuerdo con Napoleón III entre marzo y abril de 1860. Con una serie de plebiscitos la Toscana, los ducados y las Romañas entran a formar parte del reino que se está creando bajo el cetro de Víctor Manuel. En cambio la Saboya y Niza pasan a Francia. Garibaldi, diputado de Niza, habla en vano a la Cámara contra la cesión de su ciudad natal.

El camino de la diplomacia seguido hábilmente por Cavour ha mostrado sus límites. La vía de la unificación italiana ha llegado a un punto muerto. Pero hay otra Italia que aspira a la afirmación de su identidad nacional. Es la Italia del 48, de las cinco jornadas de Milán, de la insurrección de Venecia y Palermo, del 15 de mayo



Gustave Le Gray,
Garibaldi a Palermo, (1860)

en Nápoles, de la república romana: su líder natural es Garibaldi.

La expedición de los Mil supone el relanzamiento de la iniciativa popular, vinculándose desde el principio con el nombre de Víctor Manuel, con el que Garibaldi desbanca a Gobierno y parlamento. "Yo no he aconsejado el lema insurreccional de mis hermanos de Sicilia -afirma en un mensaje al rey-, pero desde el momento en que se han levantado en nombre de la unidad italiana de la que su vuestra majestad es la personificación... no he dudado un instante antes ponerme a la cabeza de la expedición". En caso de victoria adornará la corona del rey "con esta nueva y brillantísima joya".

En efecto desde comienzos de 1860 en Sicilia se está desarrollando un vivo fermento antinapolitano. Los sicilianos se consideran descuidados por la monarquía borbónica, y se han rebelado en 1820, 1837 y 1848. Garibaldi está seguro de encontrar un amplio movimiento popular que organizar y guiar en la lucha contra un gobierno tiránico. Las cosas non están así exactamente, porque la insurrección está siendo bien afrontada por parte del ejército borbónico. Pero la situación ofrece de todos modos oportunidades favorables, y Garibaldi, que parte con dos barcos mercantes y un puñado de hombres entusiastas, las aprovecha con gran habilidad. En primer lugar, el ejército borbónico, formado sólo por meridionales (los

sicilianos no han querido someterse al reclutamiento militar), se encontrará combatiendo en un país hostil y será dirigido por generales que hasta aquel momento sólo se han enfrentado a formaciones de revoltosos o sólo se han usado en operaciones de orden público: no estarán en grado de medirse con un hombre de armas experto, que ha tenido como adversarios a austriacos y franceses. Con los primeros éxitos los camisas rojas se ganan el favor popular, y Garibaldi les lleva a la conquista de Palermo, a la victoria de Milazzo y a la expulsión de las tropas realistas de toda la isla. La legendaria empresa exalta al mundo entero. Desde las Américas a Siberia vuela el nombre de Garibaldi. En Italia y en el extranjero se enrolan voluntarios, se recolectan sumas de dinero. El estado borbónico colapsa, el ejército vive momentos de dispersión. A cuatro meses de su embarco en Génova los "Mil" entran en Nápoles.

El 14 de mayo, en Salemi, Garibaldi, "considerando que en tiempo de guerra es necesario que los poderes civiles y militares se concentren en la misma mano", ha asumido la dictadura en nombre de Víctor Manuel II, "rey de Italia". En nombre del soberano ha iniciado la agregación de Sicilia y de los territorios del mediodía a la monarquía de los Saboya, extendiendo a las provincias por él gobernadas la leyes que regulan la vida política del reino saboyano, comenzando por el Estatuto albertino. Con los poderes de la dictadura ha

decidido convocar un plebiscito, que el 21 de octubre siguiente refrenda una "Italia una e indivisible con Víctor Manuel rey constitucional". El 26 de octubre, en Teano, reconoce al rey como soberano, que ha entrado con el ejército en el sur de Italia a través de las Marcas y Umbria, y el 7 de noviembre depone oficialmente sus poderes dictatoriales, con una indiferencia que asombra al mundo.

Los seis meses de la dictadura son los únicos en que ha podido poner en práctica sus convicciones sobre la necesidad de la dictadura para afrontar periodos de emergencia militar y política, en los que las tortuosidades parlamentarias son un impedimento. "Pudiendo hacerlo, y dueña de sí misma -afirmará en 1871-, Italia debe proclamarse república, pero no confiar su suerte a quinientos doctores, que tras haberla mareado con charlas la conducirán a la ruina. Elegir, en cambio, al más honesto entre los italianos y nombrarlo dictador temporal, con el mismo poder que tenían los Fabios o los Cincinatos. El sistema dictatorial durará mientras la nación italiana no esté mejor educada para la libertad y su existencia no esté amenazada por potencias vecinas. En ese momento la dictadura cederá su puesto a un gobierno republicano regular".

Garibaldi había aconsejado ya en 1849 el "sistema dictatorial" para la conducción de las operaciones militares en Roma. Sugirió su uso también a Víctor Manuel en 1859, para resolver el *impasse* de la Italia central. Y al experimentarlo personalmente, en Palermo y Nápoles, ha ejercitado

el poder dictatorial con equilibrio. Ha nombrado gobiernos formalmente regulares, ha llamado a su lado a exponentes democráticos y moderados de diversa índole, se ha preocupado por restablecer el orden público y el normal funcionamiento de la administración. Ha dejado a los ministros amplia libertad en los ámbitos que les había encomendado. Se ha reservado las decisiones fundamentales sobre la suerte del reino que ha conquistado y sobre la fisonomía que deberá asumir el Estado nacional, rechazando la propuesta de una asamblea constituyente y convocando el plebiscito. Ha concedido a la Casa Saboya la investidura popular, que integra la legitimación de la diplomacia. En otros momentos sus exhortaciones a favor de la dictadura non serán escuchadas, a pesar de que no faltarán situaciones difíciles y tentaciones peligrosas.

Es cierto que Garibaldi, elegido muchas veces diputado, en Montevideo, en Roma en 1849, en Piamonte y en el reino de Italia, en Francia, se ha sentido incómodo las pocas veces en que ha intervenido en las sesiones. En Roma, antes de que le concedan la palabra, tiene que esperar la conclusión de los trámites de toma de posesión requeridos por el reglamento (en su opinión inútiles), y su propuesta para ofrecer solidaridad a Venecia y Sicilia no es aprobada. Resulta no menos vana, en abril de 1860, su defensa de la italianidad de Niza, y tampoco lleva a resultados concretos su apasionada defensa del ejército meridional en abril del año siguiente. Pasará mucho tiempo antes de que vuelva a confiar en el Parlamento: en 1875 se trasladará a Roma para

apoyar un proyecto por la canalización del río Tíber, que se perderá entre las discusiones y los estudios de las comisiones.

Garibaldi, después de establecerse en la isla de Caprera, prefiere operar fuera de los canales legales. A partir de 1860 su prestigio es enorme. Van a verle a la pequeña isla (como a un santuario, observará un periodista japonés) delegaciones de demócratas europeos, se invoca su intervención allá donde se lucha por la independencia, en los Balcanes, en Hungría, en Polonia. En 1862 Lincoln lo invita a unirse al ejército de los nortños en la guerra de secesión. En 1864, en Inglaterra, tendrá un recibimiento entusiasta. Garibaldi se queda en Italia. A la proclamación del reino no le ha seguido una unidad nacional completa. Él pretende instar a los gobiernos a que cumplan su deber, que consiste fundamentalmente, está convencido, en la liberación de Roma y Venecia.

Cree intuir la secreta disponibilidad de Víctor Manuel hacia las soluciones de fuerza, subestimando las razones de política exterior y de inferioridad militar que desaconsejan enfrentarse a Austria por el Veneto y a Francia por Roma. En 1862 vuelve a recurrir al ímpetu de las bases, reactivando desde abajo las asociaciones democráticas nacidas para sostener a la expedición de los Mil: la situación internacional ya no es la misma y la tentativa será detenida con las armas por el propio ejército italiano en Calabria, en el Aspromonte. No menos dramático será el resultado de la campaña del Agro romano de

1867, cuyo resultado deciden en Mentana los perfeccionados fusiles franceses. Desde 1864 la animadversión hacia el poder temporal de los Papas, convertido en una espina en el costado del joven reino y tutelado por la protección de Francia, se convierte en hostilidad visceral frente a la iglesia católica, expresada en proclamas e invectivas, fijada en novelas, en las que el papel del malvado sin escrúpulos está reservado a prelados y cardenales. Por lo que respecta a los curas, "enemigos acérrimos de Italia" en un programa electoral de 1880, propone: "a los impotentes darles un cuenco de menestra, a los válidos pala y carretilla, empleándolos en los muchos trabajos útiles de que tiene necesidad Italia". Los católicos le devuelven la aversión con la misma aspereza. Una *leyenda negra*, que retrata a Garibaldi como un aventurero cruel, autor de vejaciones e "indignos robos", nace ya en América, obra de la propaganda argentina. En Europa la renovará la prensa católica, que rechazará sus acusaciones, lo pintará como un subversivo del orden constituido, y volverá contra él mismo los gestos de intolerancia que lo caracterizan.

Serán más afortunados los últimos lances militares. Una vez más se batirá al lado del ejército regio en 1866, en el Trentino, en la hermosa jornada de Bezzecca; y mostrará sus intactas dotes de mando en Francia, en la campaña de los Vosgos (octubre de 1870-enero de 1871). Había empezado a combatir en 1837 en América por la independencia de la

república de Río Grande. Parece un signo del destino que, tras treinta años de batallas por tierra y por mar, concluya su militancia armada defendiendo a la Francia republicana, humillada por el imperialismo alemán.

En los Vosgos combate con la habitual inferioridad de hombres y medios. "Nadie admira más sinceramente, más profundamente que yo al héroe popular Garibaldi -dirá Michail Bakunin-. Su campaña de Francia, toda su conducta en Francia ha sido realmente sublime en grandeza, en resignación, en simplicidad, en perseverancia, en heroísmo. Jamás me había parecido tan grande".

¿Habría sido mejor si la vida de Garibaldi concluyera aquí, entre la admiración de cuantos apreciaron en él sobre todo al combatiente intrépido? ¿Si en 1876, con la aceptación de un *Don nacional*, a la que se vio obligado por los desórdenes económicos de los hijos, no se hubiera lanzado una sombra (injusta) sobre el mito de su desinterés personal?

La respuesta es no. Su retiro del campo de batalla no significa el final de su presencia en los asuntos italianos y europeos. Como defensor de ideales humanitarios que traspasan las barreras nacionales, desde 1860 había empezado a plantearse el problema de la paz entre los pueblos. Como de costumbre, se introduce conscientemente en un movimiento de opinión que ya se había determinado.

El retorno a las grandes guerras en Europa (Crimea en 1853-56, Francia-Austria en 1859) había puesto bajo los ojos de todos los sufrimientos de los combatientes. En ese tiempo inicia la asistencia a los heridos por parte de Florence Nightingale; la pasión de Henry Dunant llevará a la fundación de la Cruz Roja. Garibaldi, coherente con sus convicciones, para promover una acción por la paz se dirige a los gobiernos y recurre a una fuerte organización de asociaciones populares. El 15 de octubre, tras la victoria del Volturno, todavía investido de la autoridad de dictador, dirige un *Memorando a las potencias de Europa*, para que constituyan los Estados Unidos de Europa: los inmensos capitales desembolsados para armamento "se usarían, por el contrario, a beneficio del pueblo". En 1862 invita a Inglaterra y Francia a tomar la iniciativa por la unidad europea; en mayo de 1867 se asocia a las manifestaciones de obreros parisinos y berlineses contra el peligro de guerras inminentes; en septiembre participa en Ginebra en el primer congreso por la paz, proclamando que todas las naciones son hermanas y que los conflictos entre ellas deberán ser juzgadas por un congreso; después de los horrores de las guerras franco-prusianas pide al emperador de Alemania Guillermo I y a Bismark que promuevan un arbitraje mundial para resolver las disputas entre Estados; en 1873 apoya una petición de 200.000 obreros ingleses para la institución de una corte de justicia internacional,

aprobada por la Cámara de los Comunes.

El final de las guerras anuncia, para él, un futuro en el que la distribución equitativa de las riquezas permitirá el rescate de las clases desheredadas. En esa perspectiva Garibaldi interpreta de modo favorable el programa explosivo de la Asociación Internacional de los Trabajadores. No consigue percibir las situaciones nuevas en lo social, tal como empieza a delinearse en las sociedades industriales. Subestima las perspectivas de lucha de clases, que él rechaza completamente. "La internacional como la entiendo yo", dirigida al mejoramiento moral y material de la clase obrera "laboriosa y honesta", es, en su opinión, "el sol del porvenir". El eslogan tendrá mucha fortuna, pero su incongruencia es evidente incluso para sus contemporáneos.

En Italia Garibaldi reconduce la protesta social hacia el terreno de la política. Completada la unidad nacional, "la monarquía saboyana, recelosa por naturaleza, no lo hizo bien", no ha promovido el progreso social y económico que estaba en la base del programa unitario. Desilusionado de la actuación de la clase dirigente, en 1872 desea un movimiento "desde abajo", alternativo a los partidos, que parta de una agregación de los núcleos de la sociedad civil, apretando "en un solo haz" asociaciones democráticas, sociedades obreras, masonería. El acuerdo entre las varias facetas del asociacionismo no se cuaja. El ascenso al poder de la izquierda no

modifica el cuadro general. Hay un punto que a Garibaldi le parece prioritario: la ampliación del sufragio, para convertir al Parlamento en algo más cercano al país real. Con ese objetivo, poniendo en juego todo su prestigio, promoverá en 1879 la *Liga de la democracia*, que animará un vasto movimiento popular, con comicios en todo el país, y contribuirá a la reforma de la ley electoral. En las elecciones de octubre de 1882 los electores pasan de 620.000 a más de 2.000.000.

Garibaldi, muerto en junio, no ve su última victoria. En su memoria se inclinan también los adversarios. Según un periódico austriaco, desaparece con él "un hombre que había tenido a sus pies todo lo que la fantasía humana pueda imaginar, poder, riquezas, esplendores, honores y títulos, un hombre que había despreciado todo lo que los demás buscan ansiosamente, y que había dedicado su vida entera a lo que consideraba su deber".

Bibliografía. Para profundizar en el tema: A. SCIROCCO, *Garibaldi. Battaglie, amori, ideali di un cittadino del mondo*, Laterza, Roma-Bari, (ed. revisada), 2004; STEFANIA MAGLIANI, *Garibaldi e la tradizione garibaldina. Bibliografia 1969-2002*, en "Studi Garibaldini", Cuadernos n.º 31, octubre, 2003.

Anna Maria Lazzarino Del Grosso

EL "NOVICIADO" DE GARIBALDI EN AMÉRICA LATINA: LA "ESCUELA DE LAS BALAS" Y LA "ESCUELA MORAL"

Cuando Garibaldi, con veintiocho años, llega a Río de Janeiro, hacia finales de 1835¹ o primeros de 1836, lo hace con una condena a muerte por "alta traición militar" y una apasionada determinación a contribuir, por el momento desde la distancia, entre las filas de las organizaciones de exiliados mazzinianos, al éxito de la causa unionista italiana. En su activo tiene tan solo una larga experiencia en la navegación mercantil, poquísimos días de servicio en la Marina de guerra de los Saboya y una cultura bastante sumaria pero original, de autodidacta ávido de lecturas. No consta que tenga práctica de armas, y sus ideas políticas, pocas y netas, firmemente asentadas en un sistema de valores simple pero

¹ Esta fecha de llegada está acreditada por A. SCIROCCO, *Garibaldi. Battaglie, amori, ideali di un cittadino del mondo*, Roma-Bari, Laterza, pág. 11 (en este trabajo fundamental hacemos referencia en los envíos biográficos). En enero de 1836 la fijaba, en cambio, S. CANDIDO, *Garibaldi in America. Dalle "Memorie" ai "Documenti"*, in *Garibaldi cento anni dopo. Atti del convegno di Studi Garibaldini*, Bérgamo, 5-7 marzo, 1982, edición de A. Lazzarino e P. L. Masini, Firenze, Le Monnier, 1983, pág. 25.

intocable, son fruto de sentimientos juveniles y de la iniciación, tan accidental como iluminadora, que recibe en la primavera de 1833 del sansimoniano Émile Barrault, a bordo, con un grupo de seguidores, del *Clorinda*, y, poco después, de un joven "creyente" mazziniano conocido en una taberna de Taganrog.

Cuando, casi trece años más tarde, el 15 de abril de 1848, zarpe a bordo del bergantín *Speranza* con sesenta y tres compañeros desde el puerto de Montevideo, mientras Italia está finalmente comprometida en la que parece una verdadera lucha de emancipación, con la intención de ponerse al servicio del ejército dirigido por Carlos Alberto, Garibaldi tiene ya más de cuarenta años y su fama de héroe, que él nunca deja de hacer repercutir también sobre sus compañeros de armas, se extiende por toda Europa además de en las Américas, gracias también al esfuerzo publicitario de



Garibaldi en Montevideo,
dibujo de G. Gallino

Mazzini y de Giovan Battista Cuneo: una fama que galvaniza las expectativas de los patriotas italianos y que no tardará, no obstante las dificultades que a menudo le opone el gobierno saboyano, en encontrar luminosas y cada vez más aplaudidas confirmaciones. Durante su largo "primer" exilio en América Latina, en primer lugar en Brasil y luego en Uruguay, el joven capitán nizardo, persiguiendo profundas motivaciones idealistas y una irrefrenable sed de acción y de aventura, maduró un tan determinante como multiforme —y con el tiempo dificultoso— aprendizaje, no sólo en la conducción de la guerra, marítima y terrestre, sino también en la adquisición de un liderazgo sabio y carismático, rigurosamente inspirado en valores democráticos, cosmopolitas y humanitarios y fundado en una capacidad organizativa y política realista, que presta atención tanto a los más nimios detalles prácticos, tal y como se le requiere a un dirigente que tiene responsabilidad directa sobre sus hombres, como a la exigencia de vincular los objetivos perseguidos, ideales o concretos, a las zonas altas del poder decisivo. Maduró también, a través de imborrables experiencias de carácter afectivo y de contactos sociales o con ambientes políticos varios, y gracias a una inclinación a una reflexión crítica y a una comunicación eficaz en absoluto banales, esa personalidad que irradiaba audacia y valor, energía y compasión humana, seguridad y modestia, generosidad y apertura que, aun albergando también

aversiones a veces encendidas, es elemento central junto al valor militar, tanto de su éxito histórico como de la formación de su persistente mito, un mito que ya ondeaba en el 48, pero que las sucesivas acciones italianas y en territorio francés habrían acrecentado y entregado a la posteridad.

Por lo demás, ya en noviembre de 1842 Mazzini, al informar sobre sus gestas en el octavo número de "L'Apostolato popolare", lo había señalado como merecedor de afecto, expresando la convicción de "que él no considera su carrera en la América meridional nada más que un noviciado para prepararse para la guerra italiana que algún día lo volverá a llamar a Europa"².

Las etapas y los aspectos sobresalientes de este "noviciado" americano, que en realidad muy pronto será extendido en sus objetivos a la dedicación a la causa más amplia de la libertad de los pueblos, que es también mazziniana, ya explicitada en los objetivos de la "Joven Europa", a la que parece probable que Garibaldi se haya inscrito en Marsella pero al mismo tiempo originariamente sansimoniana, pueden ser seguidas a través de la relectura de las *Memorias*, elaboradas en gran parte en Tánger entre finales de 1849 y la primavera de 1850, en los comienzos de su "segundo exilio" (y que me parece más oportuno, por la mayor proximidad temporal de los sucesos narrados, analizar en el

² Cit. en G. TRAMAROLLO, *Garibaldi e la 'Giovine Italia'*, en *Garibaldi cento anni dopo*, cit., p. 66.

texto de su tercera redacción, completada hacia el final de 1859), así como en la del valioso *corpus* de cartas publicado en 1973 por Giuseppe Fonterossi, Salvatore Candido y Emilia Morelli en el volumen VII de la Edizione Nazionale, que ofrece un testimonio vivo y directo de la actuación y del pensamiento de Garibaldi en el periodo comprendido entre 1834 y la vigilia de su abandono de Uruguay³.

Si las memorias atestiguan también desde el punto de vista subjetivo de su autor las marcas profundas y los valores determinantes que había conferido a su existencia ese universo de experiencias vividas principalmente en las regiones del Brasil meridional y en la República oriental de Uruguay, atravesadas por los grandes afluentes del Río de La Plata y la densa red de sus ramificaciones, los centenares de cartas recuperadas hasta ahora gracias sobre todo a las largas investigaciones *in loco* de Salvatore Candido), que Garibaldi escribió en aquellos años a menudo bajo la presión de la urgencia de sus obligaciones y deberes, revelan el progresivo dilatarse de su capacidad de acción y de su competencia, la formación gradual de una visión crítica experimentada acerca de las decisiones y las prácticas militares y políticas de sus diversos interlocutores, la asunción en el propio patrimonio

³ Edizione Nazionale degli scritti di Giuseppe Garibaldi, (a partir de ahora: *EN*), vol. VII, *Epistolario*, vol. I (1834-1848) al cuidado de G. Fonterossi, S. Candido, E. Morelli, Roma, Istituto per la storia del Risorgimento, 1973. A partir de ahora: *Epistolario*.

intelectual e ideal de nuevos e influyentes modelos morales y políticos, y la consecución de concretas declinaciones para los valores defendidos: revelan, en otras palabras, el desarrollo de un itinerario de crecimiento personal —no menos variado y aventuroso que el exterior— que del “noviciado” lo lleva a la plenitud de la “profesión”, desde la condición de “aprendiz” de soldado lo lleva a la de comandante y caudillo (*condottiero*) reconocido y amado, maestro de armas y de estrategias bélicas en cualquier territorio o extensión de agua, pero también maestro de vida en sentido lato y, por qué no, de política, en el sentido más noble, pero también más sagaz del término. En este campo su primera y principal lección, quizá elemental en su simplicidad y sequedad expresiva, pero en el fondo, creo, reconocible en ciertos controvertidos comportamientos suyos en el curso de las sucesivas peripecias del Resurgimiento, quizá no fue comprendida del todo, y muy rara vez seguida: aflora varias veces en esos años, sobre todo en relación con la causa italiana, y se encuentra eficazmente sintetizada en un fragmento de una carta suya, enviada desde Salto a Napoleone Castellini, el 26 de febrero de 1846: “en una tuya me hablas de las cosas de Italia: yo, cuando amaine en mí el amor que tengo por ella, quisiera que un rayo me fulminase; sin embargo, debo hacerte una admonición que tú sin duda necesitas que te hagan: y es que a la escuela de las balas, y otras cosillas similares, a las que hoy en

día nos dedicamos, es necesario añadir la escuela moral de las conciliaciones, que quizá, más que ninguna otra cosa, nos hace falta a nosotros los italianos. Dirás que te estoy tocando las pelotas...” (*Epistolario*, p. 182).

Tomando prestada esta feliz dicotómica expresión, podemos decir que para el propio Garibaldi su larga primera estancia en Latinoamérica fue al mismo tiempo “escuela de las balas” y “escuela moral”. Si la primera afirmación parece descontada y obvia incluso para la cultura popular, quizá merece alguna reflexión y documentación la segunda. Y quiero precisar que entenderé aquí el adjetivo “moral” en su significado más amplio.

No cabe duda de que el tramo rioplatense del primer itinerario de Garibaldi en América constituyó —y así se conserva también hasta el final en su espíritu— la experiencia más exultante y más rica de momentos felices de toda su vida, y la que revisitaba con la memoria quizá con más intensa complacencia y emoción. Lo demuestran el tono lírico de algunas páginas de las *Memorias* que se refieren a ella, y que están entre las más conseguidas desde el punto de vista literario, y algunas afirmaciones explícitas del autor, que define como “linda y muy conforme con mi propia índole” la vida “activísima” e incluso “llena de peligros”, de “corsario” que llevaba en el 38, como superintendente en la construcción de barcos de guerra o guiando expediciones corsarias contra la

flota imperial en la desembocadura del río Camacúá, en la laguna de los Patos. En Brasil Garibaldi conoce y cultiva la intensa amistad que nace de compartir los mismos ideales y de un común y extremo compromiso en la lucha política de emancipación, y conoce también, por desgracia, primero con el naufragio del lanchón *Río Pardo*, en el que perecen sus más queridos compañeros, y más tarde con el heroico fin de Luigo Rossetti, el lancinante dolor de su pérdida, que aún a una distancia de años palpita en las páginas de las *Memorias*, igual que los perfiles biográficos que les dedica⁴. Pero es sobre todo el recuerdo del encuentro con Anita, del nacimiento del primogénito en la pobreza extrema del campo de San Simón, y de las épicas y novelescas aventuras comunes, en medio de una naturaleza libre y salvaje, lo que le suscita un enternecida y apasionada nostalgia, que siempre incluye también al grupo de sus compañeros: "Entre las muchas peripecias de mi procelosa vida, no he dejado de tener buenos ratos, y como tales considero, aunque parezca lo contrario, aquellos en que a la cabeza de pocos hombres, resto de muchas batallas donde habían merecido con justicia el título de valientes, marchaba yo a caballo al lado de la mujer de mi corazón, digna de admiración universal, y me lanzaba en una carrera que tenía para mí aún más atractivos que la del mar.

⁴ Véase A.M. LAZZARINO DEL GROSSO, *Amici e amicizia nelle Memorie di Giuseppe Garibaldi*, en *De amicitia. Scritti dedicati a Arturo Colombo*, al cuidado de G. Angelini, M. Tesoro, Milano, Franco Angeli, 2006, pp. 441-459.

¿Qué me importaba entonces no tener más vestido que el que cubría mi cuerpo y servir a una República pobre que no podía dar un real a nadie?... Mi tesoro era Anita, que no abrigaba menos entusiasmo que yo por la sacrosanta causa del pueblo... el porvenir nos sonreía y cuanto más salvajes se presentaban los espaciosos desiertos americanos, más agradables y más bellos nos parecían"⁵.

Llegado ya a su plenitud afectiva como hombre, a la serena satisfacción de sí mismo, tras la dura experiencia de la prisión en Guauguay, el Garibaldi que entra oficialmente al servicio de la República del Río Grande y sigue al campo de batalla al presidente Bento Gonçalves, encuentra indudablemente en él un modelo de liderazgo político y militar, caracterizado por las altas cualidades humanas y democráticas, que responden a sus propios valores y los refuerzan, y que, pese a la visión más crítica que desarrollará más tarde acerca de algunos de sus errores en la conducción de la guerra, influenció y orientó en el tiempo su forma de entender el gobierno de los hombres.

En cuanto a los combatientes riograndenses, llamados con frecuencia "hijos del continente", "fieros republicanos", Garibaldi no se cansa de elogiar su valentía, sus habilidades militares, su capacidad para afrontar sufrimientos y privaciones en nombre de la causa perseguida, y llega incluso a

⁵ *Le Memorie di Garibaldi in una delle redazioni anteriori alla definitiva del 1872*, (E.N., I), Bologna, Cappelli, 1932, cap. XXII, pp. 52-53.

señalarlos como ejemplo a los propios connacionales: “¡Oh italianos! ¡El día que os mostréis unidos y sobrios como los hijos del continente! ¡El extranjero no pisoteará más vuestro suelo! ¡No contaminará vuestros tálamos! ¡Italia habrá recuperado su puesto entre las primeras naciones del universo!” (Memorie, cap. XXV, p. 66)

La experiencia de la guerra por la libertad del Río Grande y el admirado, doliente afecto por los allí caídos proporciona a Garibaldi los primeros modelos emblemáticos, nobilísimos, de un heroísmo voluntario y totalmente desinteresado, que tanta importancia jugarán en la definición de los ideales y de la ideología del voluntariado garibaldino, empezando por los de la Legión Italiana que de ahí a pocos años se habría constituido en apoyo de la lucha de liberación de la República Oriental del Uruguay, obteniendo con su valor, junto a sus adalides, una fama imperecedera.

La primera figura-modelo que encontramos en las Memorias es la del estadounidense John Griggs. Había dejado en su patria una conspicua fortuna para consagrarse al servicio de la naciente República brasileña, dedicándose a la construcción de los lanchones de cuyo armamento se ocuparía luego el propio Garibaldi, luego participó con éste en la difícil expedición por la liberación de la ciudad de Laguna, que llevó a la proclamación de la República de Santa Catalina, y allí le mataron pocos meses después mientras defendía con valor la capital frente

al ataque de la flota imperial. Pero a ésta se unen, a medida que pasa el tiempo, otras figuras de mártires que luchan por la libertad de una patria desinteresada y apasionadamente adoptada como propia: empezando por las de los camaradas italianos periclitados en el naufragio, como Edoardo Mutru y Luigi Carniglia, a los que Garibaldi parece querer erigir, con sus palabras, una especie de monumento simbólico, en compensación por la nunca realizada sepultura.

He escrito arriba que es en la prueba concreta de su entrega a la que reiteradamente llama, tanto en las Memorias como en las cartas, la causa de los pueblos, donde Garibaldi encuentra la ocasión de determinar y verificar concretamente, en términos de sostenibilidad, sus ya firmes principios éticos. El texto autobiográfico ofrece numerosos ejemplos de ello, mediante los que remarca su necesidad, pero también su oportunidad en términos de resultados político-militares.

La liberación de los esclavos negros, que Garibaldi mismo quiso llevar a cabo cuando efectuó su primer “asalto” corsario, que llevó a la formación de un valioso cuerpo selecto de “auténticos hijos de la libertad”; el respeto de las personas y de los bienes de los prisioneros civiles; el rechazo del saqueo y de las represalias feroces; el cuidado y la solicitud hacia las poblaciones expuestas a los daños y los peligros de la guerra; el ecuaníme reconocimiento de los actos nobles y valerosos del enemigo; la distinción entre el

mal que hay que combatir (el absolutismo) y los hombres que lo encarnan, más bien objeto de compasión que de odio; el dejar a los subordinados, en los momentos más críticos, la libertad de elección sobre su propio destino; son todos comportamientos que se evidencian como éticamente necesarios en el curso de las campañas riograndenses y que constituyen en su conjunto, junto a los modelos humanos señalados antes, los contenidos de esa "escuela moral" que Garibaldi pudo vivir en propia carne y consiguió construirse, y que pretendía transmitir, en parte también con la redacción de sus Memorias, a sus compatriotas.

El análisis de las cartas confirma la existencia de ese itinerario de concienciación ética. Si en las pocas pero importantes misivas que se han conservado de los años 1836 y 1837 (entre las que está la famosa carta a Mazzini del 27 de enero del 36) domina la preocupación por hacer lo antes posible una aportación —como mazziniano miembro de la Joven Europa— a la causa italiana, en las sucesivas, y hasta la vigilia del regreso a la patria, son "americanos" los interlocutores, referencias y problemas afrontados, y supeditados a la vida cotidiana del militante. Tras su permanencia en el ejército riograndense, inicia también la serie de los despachos informativos a las autoridades superiores, que llenan tantas páginas también en la sucesiva correspondencia desde Uruguay.

Es en este Uruguay plenamente inmerso en la

"Guerra grande" contra las tropas del dictador argentino Juan Manuel Rosas y de Oribe, donde a Garibaldi se le convoca para formar parte de la marina militar uruguaya con el grado de coronel. En 1842, ya al mando de la corbeta Constitución, se le asigna la misión de alcanzar con otros dos barcos, remontando el río Paraná, la provincia argentina de Corrientes, gobernada por Pedro Ferré, que se había rebelado contra Rosas. La empresa resultará desastrosa, pero Garibaldi y sus corsarios se conquistarán con ella una admirada fama, gracias a la heroica resistencia opuesta a la flota argentina comandada por el almirante Brown, en las cercanías de la Costa Brava. El relato del episodio en las Memorias es muy técnico, casi profesional, rico de detalles pero sin digresiones; y, sin embargo, también en este caso se dibuja con claridad el modelo de una extraordinaria y desesperada empresa fundada sobre una motivación de ética militar: el combatir hasta el final, desafiando a la muerte, aun con la certeza de la derrota, "por honor", consigna que se convertirá en emblemática para el voluntariado garibaldino.

El cuadro dirigente de la política uruguaya está cargado de claroscuros: Garibaldi en las Memorias usa palabras duras con el Ministro General de la República, el general Antonio Vidal, al que se refiere como "de infausta y despreciable memoria", y lo considera responsable de una desatinada y absurda política de destrucción de la flota, al igual que del desastre sufrido en la expedición a Corrientes,

preocupado sólo por acumular “doblores, para gastarlos en paseos en carroza y en espléndidas apariciones en las primeras capitales europeas” y, al final, huido del país con el dinero del erario público. En cambio es muy grande la admiración que siente por el firme y heroico comportamiento del pueblo ante la inminencia del asedio a la capital, tras la terrible derrota sufrida por las fuerzas aliadas en el Arroyo Grande, que él atribuye a las “discordias fomentadas por la ambición de unos pocos”: “¡En breve hubo un nuevo ejército! Si no era tan numeroso, ni tan disciplinado, al menos tenía más arrojo, más entusiasmo, estaba más penetrado de la causa sacrosanta que lo empujaba. No era ya la causa de un solo hombre la que estimulaba a las multitudes, el astro de aquel hombre había declinado en la última batalla y se había esforzado en vano por reincorporarse. Era ahora la causa nacional, ante la que se acallaban los odios, las personalidades, las disensiones. El extranjero se estaba preparando para invadir el territorio de la república; cada uno de los ciudadanos corría con armas y caballos a alistarse bajo las banderas para rechazarlo. El peligro crecía; crecía el brío, la devoción de aquellas poblaciones generosas. ¡Ni una sola voz hablaba de tratar! ¡Ni de pactos!” (Memorie, cap. XXXII, p. 95). A una distancia de años el recuerdo de aquella reacción unitaria le ofrece materia para una amarga comparación con todo lo sucedido en Italia inmediatamente después de la derrota de Novara.

También el nuevo ejército de infantería, organizado en Montevideo bajo la guía del general Paz, cuenta ahora con esclavos liberados y con jefes ilustres. Pacheco asume el Ministerio de la Guerra y a Garibaldi se le confía la tarea de organizar la flota. Los franceses y los italianos inmigrados organizan las respectivas Legiones, con generoso impulso. La actuación de Garibaldi en la organización y en la guía de la Legión italiana, apoyada, gracias a su mediación, por el ministro Pacheco y protagonista de páginas gloriosas en la historia de la Guerra Grande, así como su puesto de comandante de la flota republicana, constituyen el laboratorio de prueba del final de su “noviciado”, y le constriñen también a una continuada actividad de relación con los ministerios, en parte de ordinaria administración “burocrática”, en parte de alcance más o menos político. El juicio de Garibaldi sobre la administración del gobierno Pacheco es extraordinariamente positivo, y lo mismo el que hace sobre la conducción de la guerra por parte del general Paz, al que considera un auténtico genio militar. Es severísimo, en cambio, el juicio sobre Rivera y sobre Madariaga, quienes al día siguiente de la enardecida victoria de San Antonio del Salto, conseguida por la Legión italiana, se habían instalado, con una especie de revolución, en el poder, uno en Montevideo y otro en Corrientes, respectivamente, determinando el exilio de Pacheco y de Paz y el comienzo de un inexorable declive político y militar (cfr. para todo lo anterior, las Memorias, cap. XXIX-XXXVIII).

Las numerosas cartas escritas en el periodo uruguayo revelan que sus interlocutores se habían convertido en su mayoría en "políticos", y atestiguan cómo la actividad de Garibaldi, a medida que aumentaban sus responsabilidades, había acabado por comprender también onerosos deberes de correspondencia con las autoridades, con el objetivo de informarlas sobre sus actividades y, sobre todo, con el propósito de hacerles llegar toda una serie de peticiones con respecto a las necesidades de la flota o de la Legión. La humanidad de la relación establecida entre el comandante y sus soldados emerge en sus numerosos mensajes de intercesión a favor de causas personales: realce de sus méritos, solicitudes de ascenso, peticiones de ayuda en el cobro de créditos o en el pago de deudas, de apoyos de diverso tipo en situaciones de necesidad, de clemencia en algún caso de trasgresión disculpable.

No faltan fragmentos o páginas de contenido político, que confirman y a veces ilustran las ideas de fondo que circulaban en América Latina y que más tarde acompañarán la acción de Garibaldi en Italia. Se menciona varias veces su concepción de la guerra justa como lucha a favor de la "causa de la humanidad". La proclamación más eminente de este principio se encuentra en la carta a Fructuoso Rivera, que reproduce la orgullosa y convencida declaración de los oficiales italianos, en nombre de toda la Legión, con la que rechazan la opulenta donación dispuesta por el general: "Que persuadidos

que es deber de todo hombre libre combatir por la libertad dondequiera que asome la tiranía, sin distinción de tierra ni de Pueblo, porque la Libertad es el patrimonio de la humanidad, no han seguido sino la voz de su conciencia, al ir a pedir un arma a los hijos de esta tierra, para dividir con ellos los peligros que los amenazaban. Que satisfechos con haber cumplido con sus deberes de hombres libres, continuarán a dividir como hasta aquí 'pan y peligros' con sus valientes camaradas de la guarnición de la capital, hasta que las exigencias del sitio lo requieran, sin aspirar a admitir distinciones ni premios de ninguna clase" (carta a Fructuoso Rivera del 23 de marzo de 1845). El 30 de marzo de 1846 Garibaldi rechazará, con una carta al Ministro de la Guerra Francisco Joaquín Muñoz, el ascenso a Coronel Mayor, con el argumento de que "no sólo cualquier beneficio o recompensa, también los honores me pesarían sobre el alma que fueran comprados con la sangre de mis paisanos".

Frente a la exigencia de combatir al "déspota" Rosas, Garibaldi invoca el recurso a la misma "política maquiavélica" que el dictador aplicaba de modo sangriento, pero precisa que "en nuestras manos semejantes armas sólo servirán para las exigencias del momento, el triunfo de la humanidad, y de los sanos principios" (carta a Pedro Ferré, 20 de agosto de 1842). La escuela de la conciliación que en la ya citada carta a Castellini se solicita para Italia, la considera necesaria también para "nuestros

amigos orientales y argentinos", de los que lamenta "el maldito espíritu de provincialismo".

En las cartas de 1847 vuelve a asomar, prepotente, la llamada de su patria italiana, que ya se encontraba en pleno fermento. El 7 de agosto manifiesta al patriota livornés Eugenio Belluomini, que le había pedido que volviera, la conciencia de su deber de no abandonar "este infeliz país" y "tanto buen y valeroso camarada"; y al mismo tiempo declara la propia apertura con respecto al "proyecto iniciado por Pío IX y por Carlos Alberto". La última misiva propiamente "política" escrita en Uruguay fue enviada el 12 de octubre al internuncio apostólico de Río de Janeiro, Gaetano Bedini. En ella expresa admiración y esperanza hacia la política liberal y patriótica inaugurada por Pío IX y ofrece humildemente el servicio de la Legión italiana en apoyo de su "obra redentora".

El "noviciado" de Garibaldi hacía tiempo que había concluido. Las cosas irán de modo muy diferente a como él las imaginaba en esta carta, pero pocos meses después quien llegará a Italia, en compañía de otros hombres criados (y amados) como hijos en aquella "escuela moral" de la que a esas alturas ya se ha convertido en maestro, escuela que había tomado forma y sustancia en el curso de las generosas luchas por la libertad de los pueblos del Riogrande do Sul y de la República uruguaya, será un hombre dotado de todas las cualidades para realizar una acción decisiva en los destinos de su patria.

Annita Garibaldi

PILOTO DE ALTURA E ITALIANO COSMOPOLITA

Como bisnieta de Giuseppe y de Anita Garibaldi, cuyo hijo Ricciotti fue el padre de Sante, mi padre, recibo como un gran honor y con sincera alegría el pedido que me ha hecho el profesor Augusto Ferrero, a quien encontré en la isla de Caprera, tan querida por mi bisabuelo, de prologar su cuidadosa y apasionada investigación sobre la permanencia de Giuseppe Garibaldi en el Perú.

Mi interés por la historia de mi familia ha sido constante, pero soy una jurista. Esto me permite apreciar la destreza del autor de este ensayo, a quien agradezco por su pasión *risorgimentale*, mientras que por mi lado sólo puedo expresarme con las razones del corazón, que me ligan a Sudamérica, región que he visitado en varias oportunidades. Cada vez me siento más cerca de la tierra de Anita, de Bolívar y de Manuelita Sáenz, así como de la extraordinaria inmigración de italianos, que trajo a tierras americanas, entre muchos otros, a Livio Zambeccari, Francesco Anzani y Giovanni Battista Cuneo, talentos infinitos que, cada uno en lo suyo, forjaron al Héroe de los dos Mundos.

Me conmueve ir hoy al encuentro de lo que Guido Piovene llama "la dramática belleza del Perú" y me siento inmensamente agradecida por haberme permitido acompañar, con algunas palabras, este importante trabajo.

Entender la personalidad y la obra de Giuseppe Garibaldi nos obliga a confrontarnos con su cosmopolitismo, que no fue aparente. Si bien es recordado esencialmente como un héroe italiano, Garibaldi pasó muchos años lejos de Italia, y sintió como su patria muchas tierras lejanas, al punto de devenir ciudadano de otras naciones sin nunca tener que abdicar de la suya. La ligazón más fuerte la tuvo con Latinoamérica. A Brasil y a Uruguay dedicó su juventud, en la revolución Farroupilha y en la República Oriental forjó su personalidad y su genio militar. Tenía una relación intensa con Inglaterra y con Estados Unidos: hablaba su lengua; admiraba en la primera su poderosa presencia en los mares, de los segundos su fuerza vital e innovadora. Su relación con Francia fue difícil, no obstante que fuera siempre la segunda patria del nizado, que combatió por ella con sus últimas fuerzas cuando la vio derrotada por el invasor.

La relación más simple, más amigable, la tuvo con los lugares en donde se detuvo por casos de la vida, por tiempos largos o breves: Constantinopla, por ejemplo. Allí encontró a esa emigración ligur que lo regresaba a sus tierras, hombres de mar y de comercio, exiliados políticos pero también

empresarios y capitanes que en otros tiempos, partiendo desde Lisboa, habían explorado los mares más allá del Mediterráneo y abierto nuevos mundos.

Ecuador y Perú estuvieron también entre los lugares a donde lo llevó el cruel destino, que no le había permitido un exilio más cercano de sus hijos. Tánger, Túnez, eran las metas escogidas, pero luego fueron su verdadero hogar la Magdalena en Cerdeña, Nueva York y, finalmente, el mar abierto, que le fortifica el alma y el cuerpo. Pero ciertamente también la compañía de los "carbonarios residentes", de las acomodadas familias Sciutto, De Negri, Malagrida, que él mismo cita en sus *Memorias*. El 20 de octubre de 1851, el capitán Manuel de la Haza declara que Garibaldi "natural de Génova y ciudadano peruano" puede ser considerado "piloto de altura", y desde aquella fecha el tenebroso exilio se vuelve epopeya.

Estas aventuras lejanas del navegante y capitán contribuyeron mucho a la formación de su mito, en una época en la cual las comunicaciones eran difíciles y los viajes de todo tipo tomaban el color de la aventura. Qué eran para un italiano de 1855 las islas Hunter, el Callao, Cantón... un misterio que envuelve al capitán marítimo, lo refuerza, cierra tras él la época de la República Romana y lo hace regresar a Europa reforzado y mitificado.

La Italia que encuentra en los países lejanos no es ciertamente aquella de las cortes y de los palacios

que tanto desprecia, ni aquella de la política y de la intriga. Es una Italia de fisonomía simple, la de los representantes oficiales del Reino por un lado y la de la comunidad de los inmigrantes por el otro. Un mundo que a Garibaldi seguramente complace por su transparencia y por su simplicidad. Y luego está la gente pobre, de todo origen étnico y color, símil a sí misma en el mundo entero, que quizá es su patria más verdadera.

La inmigración culta, que se comunica con Italia, no permite que sea olvidado en la patria y acrecienta su popularidad. Son diez mil personas, se dice, científicos, profesores, comerciantes, sólo en Lima, con el agregado de los navegantes muy presentes en aquellos mares, que aseguran también la circulación de las ideas. Garibaldi no tiene dificultad de rodearse de italianos, hijos adoptivos del Perú, como Stefano Siccoli (1834-1886), quien viajó junto con él a China, y que en los años inmediatamente sucesivos lucha por la abolición de la esclavitud en el Perú, combate con los Mil en Messina y se sienta a la izquierda en la Cámara de Diputados, invocando desde aquella sede la solidaridad de Italia con el Perú, agredido por España. El Perú, por su parte, se había solidarizado en los hechos con la causa italiana: cien cañones para la fortaleza de Alejandría, una suscripción para un millón de fusiles, para el monumento a Cavour...

Conocer detalladamente estos episodios –sólo aparentemente menores– de la vida de Giuseppe

Garibaldi, nos ofrece algunas claves sobre la independencia de ánimo de un hombre que confronta su ya extraordinaria experiencia política y militar, no sólo con una larga meditación personal, sino con la “Italia mundial”. Conserva sobre sí mismo la atención de las embajadas, de los consulados, de la opinión pública de todos los países, sin hacer nada más que viajar trabajando, levantando multitudes en los puertos, advertidas por los misteriosos sonos de los mares. Justamente en este contexto es probable que se haya madurado el cambio de Garibaldi hacia la monarquía saboyana, que no contrasta con permanecer personalmente republicano y su participación gustosa en las fiestas que los republicanos de Lima organizaban en su honor, que procede de su reflexión sobre la suerte de la República Romana y lo induce a la determinación de “hacer a Italia incluso con el diablo”.

Dos episodios de vida íntima: Garibaldi debió dejar en Niza, en aquellos años, a sus tres hijos y a Anita. El último de éstos, Ricciotti (1847-1924), era un niño inquieto, que sufre un grave accidente que lo deja lisiado de por vida. Quedó cojo pero no amputado de la pierna gracias a que Garibaldi, quien estaba en cuarentena en el Callao, recibe oportunamente la noticia, se opone a la amputación y le pide al médico y cirujano Agostino Bertani, que vivía en Génova, que le salve la pierna al futuro capitán de las campañas de 1867 y de 1870. El segundo concierne a Anzani Canzio (1864-1926),

segundo hijo de Teresita Garibaldi y Stefano Canzio, que toma el camino de la inmigración a fines del siglo XIX. Como tantos, asienta sus raíces en el Perú y tiene dos hijos: Anita y Manlio. Uno de los descendientes de Manlio, Luis Canzio, regresó con su hijo Renzo a Génova en el 2004, por primera vez desde la lejana inmigración de su ascendiente. Reside en Tacna y participa en la siempre vital actividad de los ligures en el mundo.

La investigación del doctor Ferrero confirma la dimensión de un mito que, lejos de extinguirse en el tiempo, anima la cultura histórica de nuestras comunidades en el extranjero, y participa con sorprendente vitalidad en la cultura mundial.

Augusto Ferrero

LA PRESENCIA DE GARIBALDI EN EL PERÚ

Sin lugar a dudas, la presencia del héroe legendario Giuseppe Garibaldi en el Perú, en el siglo XIX, constituye una curiosidad histórica singular. Pocas estancias de un extranjero en nuestra patria pueden llamar tanto la atención como la del insigne patriota italiano nacido en Niza, cuyos pasos en nuestra tierra quedaron registrados en la casa de la familia Malagrida, en la esquina de Palacio y Polvos Azules, en Lima, y en la que fue la quinta Schiantarelli, en el Callao, donde había una placa conmemorativa.

Garibaldi llegó procedente de Nueva York el 5 de octubre de 1851, luego de caer enfermo de malaria en Panamá y de realizar algunos viajes por América Central. Preocupado por los problemas que su identidad podría traerle con la autoridad policial, viajaba con el nombre sugestivo de Giuseppe Pane, recordando así tiempos aventureros y dramáticos. *El Comercio* celebró su llegada con el siguiente comentario: "Saludamos con placer al ilustre guerrero, sostenedor de la independencia de la República del Uruguay y de la unidad e

independencia de Italia, por su feliz arribo a esta capital". Se encontraba acompañado de su fraternal amigo Francesco Carpaneto, quien estaba interesado en la llegada de su fragata *San Giorgio* que, entre otras cosas, traía la estatua monumental de Mariano Necochea para el cementerio Presbítero Maestro. Garibaldi fue recibido con gran simpatía por los inmigrantes italianos.

Antes de desembarcar en Lima se detuvo un día en Paita, donde, según narra en sus *Memorias*, fue hospedado en casa de una generosa dama del lugar que se encontraba en cama desde hacía años, debido a una apoplejía. Asimismo, comenta que pasó un día delicioso en su grata compañía. La señora no era otra que Manuelita Sáenz, la quiteña tan ligada a Bolívar, a quien le había salvado la vida en Bogotá en 1828. Garibaldi la calificó como la más graciosa y gentil dama que jamás había visto y relató que conocía los más mínimos detalles de la vida de Bolívar. Seguramente, a pesar de estar inválida, postrada y con cincuenta y cinco años a cuestas, conservaba aquellos ojos "color de diablo" que también impresionaron a José de San Martín cuando la conoció. Al momento de la partida de Garibaldi, éste y Manuelita se despidieron con los ojos húmedos. Después, el viajero declaró haber quedado conmovido.

Manuelita Sáenz había llegado a Paita luego de ser desterrada por Santander, presidente de Colombia. La gran dama, que seducida por la gloria

se había rendido a la galantería del Libertador, como anota el historiador Tauro del Pino, murió en dicho puerto, víctima de una peste, en 1856. Su cabaña y todos los preciosos documentos del general, entre ellos sus cartas íntimas, fueron incinerados por la policía sanitaria.

Sobre Manuelita Sáenz, Gabriel García Márquez anota en *El general en su laberinto*, que fueron tres visitas memorables las que la consolaron de su abandono: la del maestro de Bolívar, Simón Rodríguez, quien murió cerca del lugar, en San Nicolás de Amotape, en 1854; la de Garibaldi; y la del novelista Herman Melville, en 1844, cuando andaba por las aguas del mundo documentándose para su inmortal novela *Moby Dick*. Fue en este viaje que el literato describió Lima como la más extraña y triste ciudad que se pueda ver, en sentencia que transcriben Sebastián Salazar Bondy en *Lima la horrible* y Estuardo Núñez en *Viajeros extranjeros por el Perú*.

Garibaldi quedó muy impresionado por nuestra costa, que encontró parecida a la del África, por sus arenales y porque las partes verdes parecen oasis. Expresó que esperó encontrar más vegetación, imaginándose más bello el país en las faldas de las altas cordilleras. Pero se había encontrado con "el país de las colinas de arena", como reza el título del libro de Fernando de Trazegnies. Sin duda, el continente le ofrecía el atractivo de ser el de la patria de su desaparecida esposa Anita.

Uno de los inmigrantes ausonios, Pedro Denegri, más conocido por los italianos como Pietro de Negri di Nizza, le ofreció a Garibaldi el comando de la *Carmen* para ir a China. Se trataba de un barco de madera de tres mástiles con velas cuadradas comprado en California. El peso de la nave era el que consigna Garibaldi en sus *Memorias*: trescientas cuarenta y seis toneladas en registro de la Capitanía del Callao y trescientas cuarenta y tres según la de Hong Kong. Hemos leído en algunas biografías la cifra de setecientas, que incluye, indudablemente, la carga. En la relación de estos dos naturales de Niza intermedió Emanuele Solari, nacido en Chiavari y primo de Giuseppe Mazzini, con quien mantenía correspondencia. En un árbol genealógico proporcionado por sus descendientes, los Checa Solari, aparece que mientras su ascendiente es Maria Camilla Mazzini, el hermano de ésta, Giacomo, es el padre de Giuseppe.

Estando en Hong Kong, Garibaldi declaró que la nave era de propiedad de socios en América del Sur. Esa declaración ha llevado al profesor australiano Phillip Kenneth Cowie a la conclusión de que el socio era Solari. En efecto, en el Archivo del Estado de Turín consta que éste murió testado y que pocos días antes de su muerte se había casado con la mujer que, tres años antes, le había dado un hijo, su heredero, a quien le tocaba una importante cantidad entregada a la Casa de Comercio de Pedro Denegri. Solari había llegado al Perú en 1840, y, a propósito

de su viaje, Mazzini escribió a su madre que se había enterado de que su primo estaba por partir para Lima por no tener nada que hacer en Génova, lo cual lo sorprendía muchísimo, pues “además de su ingenio, que no le falta, tiene la actividad y el *savoir faire* en grado extremo”, característica que conservan sus descendientes.

En sus *Memorias*, Garibaldi cuenta cómo fue a cargar guano a las islas de Chíncha en un mes de noviembre. En esta ocasión visitó también Pisco, Ica y Palpa, donde fue entusiastamente recibido por los inmigrantes ligurinos asentados en dicha zona. En Palpa dedicó un tiempo a la caza de cerdos salvajes. Regresó al Callao para las últimas disposiciones del largo viaje y zarpó el 10 de enero de 1852.

Cowie atribuye la demora de la partida de Garibaldi a dos motivos: primero, a que la patente de piloto que obtuvo era por tres meses renovables; por lo tanto, tenía que demostrar que había cumplido el período de servicio trimestral en aguas peruanas, por lo menos una vez, para partir con el diploma renovado. En segundo lugar, la nave *Carmen* había llegado a Lima por primera vez en setiembre de 1851, y su propietario estuvo abocado a los trámites de regularización de la inscripción del barco, un tanto más difíciles de finalizar por tratarse de un extranjero.

Dos meses después, durante la travesía, Garibaldi tuvo un sueño profético en un caso increíble de telepatía: Se encontraba en Niza de luto

frente a un funeral que venía a su encuentro. Precisamente, ese mismo día moría su madre *mamma Rosa* en dicho lugar. Después de pasar por las islas Sandwich, entró en el mar de China, entre Luzón y Formosa, en las Filipinas. Declara que llegado a Cantón, fue enviado a Amoy al no venderse el guano. Luego fue a Manila con otra carga y regresó. En Cantón fue necesario refaccionar el barco. Cambió los mástiles y el cobre de la quilla, y, finalmente, enrumbo hacia Lima.

Mino Milani informa que el barco trajo culíes, “oficialmente inmigrantes chinos; en realidad, pobre gente enrolada con engaño y destinada al Perú, Cuba y las Antillas en virtuales condiciones de esclavitud”. Expresa que según Denegri, Garibaldi trajo todos “los chinos embarcados gordos y con buena salud, pues los trataba como hombres y no como bestias, ejemplo único de humanidad en estos viajes casi siempre crueles”. Explica que “es debido a este viaje que, por lo menos en la tradición popular del Callao, Garibaldi era a veces recordado como esclavista”. En cuanto a Denegri, Nino d'Ambra lo sindicó como sospechoso de ser tratante de esclavos. Por su parte, Carlos Ramos Núñez ha escrito que José Canevaro consolidó su riqueza con una discutible cuanto rentabilísima actividad comercial: las comisiones por el transporte y colocación de chinos para la agricultura de la costa y el extenuante trabajo en las islas guaneras, hasta convertirse en el mayor consignatario del tráfico de chinos culíes. Canevaro y

Denegri eran concuñados, y al ser igualmente propietarios de barcos es muy probable que ambos estuvieran involucrados en el tráfico de chinos.

Al respecto, Trazegnies comenta que no se conoce el cargamento que Garibaldi trajo de China, pero que muy bien pudo haber sido de culíes. Al comenzar su libro, destaca que entre 1848 y 1874 fueron importados cerca de cien mil chinos para que trabajaran, entre otras actividades, en las islas guaneras. Y el poema de Juan de Arona, que cita en la introducción del mismo texto, comienza con estos dos versos: “No hay donde al chino no le halles... Desde el ensaque del guano...”. Esto hace suponer que Garibaldi se encontró con algunos chinos en las islas de Chincha, donde fue a abastecerse de carga antes de partir a China. En sus *Memorias*, dice solamente que lista la carga (también puede traducirse como el “encargo”), dejaron Cantón rumbo a Lima. *El Heraldó Masónico* relata que trajo mercadería china y ciudadanos chinos para que trabajasen en nuestras islas guaneras, sin considerar dicha afirmación una ofensa.

En una excelente visión histórica titulada *Los italianos en la sociedad peruana*, Giovanni Bonfiglio, sin referirse a la posibilidad de que Garibaldi haya traído chinos, anota que es posible que el viaje inaugural de la *Carmen* tuviera por objeto abrir la ruta hacia el Oriente, pues eran los años en que empezaba a darse el transporte de colonos chinos al Perú, posibilitado por la Ley de Inmigración de

1849. También informa que la *Carmen* fue hundida en 1858 durante la travesía de regreso al Perú desde China, como consecuencia de un motín a bordo producido por los chinos que eran transportados en esa oportunidad.

Quien ha hecho cuestión de Estado sobre este asunto ha sido Cowie. Enfáticamente, niega toda posibilidad de internamiento de culíes por Garibaldi, aunque reconoce que el rumor corría incluso en vida del gran patriota y lamenta que no lo haya desmentido en sus *Memorias*. Cita la biografía del aventurero escrita por el inglés Bent en 1881, quien narra que al momento de firmar el contrato con Denegri, Garibaldi tachó la cláusula que obligaba a traer chinos en caso de que la carga no fuera suficiente, exclamando gallardamente que nunca se convertiría en traficante de carne humana. Las dos pruebas más importantes que presenta Cowie para negar la importación de chinos por Garibaldi son, en primer lugar, la lista de las naves que llegaron a puertos peruanos entre 1853 y 1859 con la relación de inmigrantes a bordo, no sólo de China sino también de Irlanda y Alemania; y, en segundo lugar, la lista de los efectos traídos por la *Carmen* desde Cantón, publicada en *El Comercio* el 25 de enero de 1853. Eran especies, cera, concha de perla, muebles, cigarros, seda y otros objetos orientales. Sin lugar a dudas, se trata de pruebas valiosísimas y de gran importancia.

El *Grand Dictionnaire Universel du XIX siècle*

publicado en París en 1872, transcribe el testimonio de un viajero francés que cuenta acerca de un desayuno en una fonda italiana de Lima, en la calle Mercaderes, con un lugarteniente de Garibaldi, quien le contó las peripecias del viaje de regreso de Cantón. El escribiente decía que prefería recordar las aventuras de esta travesía peligrosa en lugar de “todas las batallas imaginarias que los biógrafos mal informados hacen ganar a Garibaldi por cuenta del Perú”. Sin duda, se refería a aquellas “hazañas que Garibaldi jamás soñó y de cuya gloria no necesita”, atribuidas por el *Diccionario de contemporáneos*, por Ricciardi en sus *Perfiles* y por Anatole de La Forge en *El siglo*. En efecto, éstos afirmaron que Garibaldi fue comandante del Ejército Peruano, que logró victorias bajo su mando y que retornó a Italia sólo después de haber asegurado la paz del Perú.

En su recorrido, la *Carmen* viajó por el mar de la India hacia Australia hasta parar en una de las islas Hunter para recoger agua. Es probable que la soledad de este paraje transportara a Garibaldi mentalmente a la isla de Caprera –parte de la cual había comprado en 1849– y que lo confortase su elección. De ahí se dirigió a Nueva Zelandia, camino a la costa occidental de América y llegó a Lima nuevamente el 24 de enero de 1853, después de una travesía de cien días. Desembarcada la carga (o el encargo), permaneció en Lima hasta el 1 de marzo de dicho año, fecha en que se dirigió a Valparaíso, donde la *Carmen* fue alquilada para llevar una carga

italianos en el Perú, el cesáreo *condottiero* adoptó así la ciudadanía peruana. Aunque nacido en Niza en 1807, cuando dicha provincia pertenecía al reino de Cerdeña, ocupada por Francia, se nacionalizó peruano.

Ramos Núñez ha investigado que el decreto del 16 de marzo de 1839 establecía como obligación, en su artículo 1, que los capitanes de barco fuesen peruanos de nacimiento o que hubiesen obtenido carta de ciudadanía peruana. Posteriormente, mediante decreto del 4 de agosto de 1840, se permitió que los extranjeros pudiesen servir de capitanes en los buques nacionales, siempre y cuando fueran examinados por la Comandancia General de la Marina e inscritos en un registro de matrícula sin el requisito de la nacionalización. Esta última condición subsistió, sin embargo, para los patrones prácticos de las embarcaciones menores, utilizadas en el comercio de cabotaje en las costas del Estado; es decir que los extranjeros no podían servir en éstas si no eran ciudadanos en ejercicio matriculados, y si no habían sido examinados en torno a su suficiente práctica marítima por una Junta del Departamento de Marina, de acuerdo con el artículo 28 de la ley del 7 de enero de 1848.

En síntesis, para ser capitán bastaba el examen y la matrícula, pero para el comercio de cabotaje se necesitaba, además, la calidad de ciudadano peruano. Por ello, a Garibaldi se le otorgó nuestra ciudadanía, lo cual reconocen algunos de sus

biógrafos, como el inglés Mack Smith y el italiano Milani.

Garibaldi había estado con anterioridad en América del Sur. En esa oportunidad combatió por la independencia de Rio Grande do Sul, en Brasil, y en Argentina contra el dictador Juan Manuel Rosas, apodado "Cortacabezas", de quien tuvimos su facón fechado en 1818, con empuñadura de plata y con sus iniciales. Además, este cuchillo personal tenía doble filo y un gancho para llevarlo al cinto. Nos preguntamos si el tirano alguna vez lo usó para quitarle la vida a alguien.

A la sazón en Argentina, el conde Walewski, diplomático francés, hijo de Napoleón y María Walewska, se refirió a Garibaldi como un "hombre capaz de triunfar en cualquier empresa", mientras que Bartolomé Mitre lo reconoció como un "hombre que ha conquistado la fama por su valor y su entrega".

Un hecho poco divulgado es la vinculación de Garibaldi con la sociedad masónica peruana. En efecto, el 20 de setiembre de 1849 los residentes del Callao acordaron fundar la logia Unión con la Marina Peruana, nombre que fue cambiado por el de Concordia Universal, con el cual quedó inscrita en el Perú. Al ser consultado Garibaldi por el nombre más apropiado, propuso el de Cruz Austral, en homenaje a esa refulgente constelación de estrellas que le había servido de guía en su viaje a Asia, según informa *El Herald Masónico*. Todavía está por estudiarse la

vinculación que pudiera haber existido a través de la masonería entre Garibaldi y los ilustres pensadores y políticos peruanos pertenecientes a la logia, incluyendo al descendiente de italianos que fuera más tarde nuestro gran héroe Francisco Bolognesi.

Se puede mencionar también entre los sucesos referidos a la permanencia de Garibaldi en el Perú, lo que relata nuestro distinguido amauta Jorge Puccinelli Converso, quien en una entrevista otorgada a la revista *Incontri* dice que su más lejano antepasado procedente de Italia que se estableció en el Perú fue su bisabuelo materno Vicente Dall'Orto, quien llegó de las costas ligurinas en 1836 y se radicó en el Callao. Ahí conoció a Garibaldi, quien era su vecino, y se presume que la amistad debió ser estrecha, pues en su viaje al Oriente el legendario forjador de la unidad italiana llevó un daguerrotipo de Dall'Orto, con el ofrecimiento de encargarle a un pintor chino un retrato al óleo. Este retrato es guardado por la familia como un preciado *cimelio* familiar, junto con un bono del mismo bisabuelo destinado a apoyar las campañas de Garibaldi.

De igual modo, vale la pena anotar, como curiosa coincidencia, el hecho de que Paul Gauguin viviera en Lima durante la estancia de Garibaldi. En efecto, el eximio pintor estuvo entre nosotros con su madre Aline y su hermana Marie entre 1849 y 1854. Regresó a Francia cuando tenía seis años de edad; no obstante, recordaba con gran memoria visual su vida transcurrida en nuestros ambientes. Llama la

atención, por ejemplo, la mención que hace de su "doméstico chino que sabía tan bien planchar la ropa" y al que encontró un día perdido en una tienda de abarrotes.

Otra anécdota de cuando Garibaldi estuvo en Lima es la registrada en una pintoresca nota de don Ricardo Palma, quien escribió sobre el tema en una de sus tradiciones peruanas titulada *Entre Garibaldi y yo*.

Narra nuestro ilustre literato que siendo corrector de pruebas en el diario *El Correo de Lima*, escribía ahí Carlos Ledos, un comerciante francés que además frecuentaba las tertulias en el periódico, junto con Francisco Javier Mariátegui y Benito Laso. Aquél matizaba su oficio de agente mercantil con el de escritor público y atreviase a hacer críticas al gobierno. El 4 de diciembre de 1851 publicó un artículo titulado "Héroes de pacotilla"; se refería así a Giuseppe Garibaldi, y se mofaba del patriota Mazzini y del rey de Cerdeña Carlos Alberto. Cuenta Palma que dos días después, se encontraba escribiendo en la redacción cuando apareció en el dintel de la puerta un caballero preguntando por el francés. Dice Palma que al reconocer al caudillo italiano, le indicó con precisión la dirección donde podía encontrar a Ledos, a pocas cuadras de ahí. Llegado el distinguido extranjero injuriado al local comercial del francés, le propinó dos bastonazos, mientras que Ledos se defendía con una regla, con la que llegó a golpear la cabeza de Garibaldi. Ambos

terminaron con los rostros ensangrentados, rodeados por diversas personas que los mantuvieron separados hasta que intervino la policía, con el Prefecto de Lima, quienes llegaron a caballo para despejar a la muchedumbre. El rumor callejero llegó a oídos de Palma, quien, sintiéndose responsable de haber indicado la dirección solicitada, corrió al lugar de los hechos.

Llegó a tal punto el acontecimiento, que tuvo que intervenir el cónsul de Cerdeña, José Canevaro, para evitar la prisión de Garibaldi. Porras también comenta el incidente, declarando no haber tenido acceso a las *Memorias* del héroe, que narran con detalle el hecho. Lo ocurrido causó tanta tensión entre las colonias italiana y francesa, que el propio presidente Echenique tuvo que mediar para que llegaran a un entendimiento.

El mencionado artículo de Ledos era muy ofensivo. Afirmaba que, en época de revolución, resaltaban los hombres más vulgares y oscuros que emergían de la masa en la cual se encontraban confinados por su falta de talento y de educación. Calificaba a Garibaldi de pigmeo a quien habían querido convertir en gigante, y de caricatura por su absoluta nulidad intelectual. Terminaba comparándolo con Don Quijote, pero sin su ingenio, tipificándolo como ignorante y grosero, digno de vivir en una guarida y no entre gente civilizada. *El Comercio* salvó la dignidad nacional al día siguiente, con la publicación de una nota en la cual

manifestaba que había hecho bien el autor del artículo en identificarse, pues habría sido muy doloroso para los peruanos que se creyese, dentro y fuera del país, que ésa era la hospitalidad que ofrecían a los desventurados. Le dice al heroico proscrito que puede reposar tranquilo entre nosotros, pues lo protege el árbol de la libertad que tantos valientes bañaron con su sangre.

En cuanto al incidente, *El Correo de Lima* tilda al héroe de asesino, mas es nuevamente *El Comercio* el que narra objetivamente lo ocurrido, invoca al general Garibaldi que no se preocupe más por sus miserables detractores y le pide que continúe su camino de gloria.

En una biografía sobre Garibaldi, que Rizzoli publicó diciendo que si en algo se parecía a una novela el mérito era sólo de su personaje, Indro Montanelli narra el hecho señalando que una noche, en casa de un paisano, le presentaron a Garibaldi a un francés llamado Ledos, quien al saludarlo le dijo: "Encantado de verlo nuevamente". Al preguntarle Garibaldi dónde se habían conocido, Ledos le contestó: "En el asedio de Roma". Ante dicha respuesta, cargado de rencor contra los franceses, el caudillo replicó: "No recuerdo. En Roma no les he visto a ustedes más que sus traseros". Según escribió Canevaro, este hecho ocurrió el 30 de noviembre de 1851, durante la recepción del matrimonio de Rocco Pratolongo.

Sobre este relato, el mismo Garibaldi cuenta en

sus *Memorias* que cuando vivió en casa de Malagrida, llegaba algunas veces un francés que practicaba el chauvinismo, por lo cual trataba de evitarlo. Sin embargo, un día le habló de la expedición romana de los ejércitos de Bonaparte, extralimitándose en términos poco decorosos para los italianos, lo que obligó a Garibaldi a responder ásperamente. Esa contestación mordaz habría sido la causa del artículo y del altercado que refiere Palma.

Smith apunta que Garibaldi contó después, sin orgullo, que había atacado a un francés, a quien buscó para descargar la exacerbada irritación que sentía entonces contra Francia. Era imposible para Garibaldi borrar tan pronto la lucha encarnizada que tuvo que soportar dos años antes, defendiendo a Roma de los franceses, quienes finalmente la tomaron. En dicha ocasión confesó que, descorazonado, no tenía en ese momento más deseo que morir. Señaló que durante dos horas estuvo golpeando y luchando sin descanso, y que cuando amaneció estaba cubierto de sangre, pero sin una sola herida. "Esto era un verdadero milagro", acotó. Ése era su comportamiento en el campo de batalla.

Fue por este entonces que falleció su esposa Anita Ribeiro, por lo que este tiempo pesaba mucho en su vida. Garibaldi había contraído matrimonio con esta criolla brasileña durante su permanencia en Montevideo. Anita fue immortalizada en el Gianicolo, en Roma, donde aparece representada montando un

caballo que inicia un salto, arraigado en las patas traseras. A los pies del monumento están supultados sus restos. En su momento, Anita había luchado en Italia contra los austríacos y los franceses en favor de la unificación.

En cuanto al incidente con el francés, Mino Milani juzga que tuvo importancia histórica, pues la participación de Canevaro como cónsul de la monarquía dio inicio a una evolución favorable inconsciente en relación con este sistema, que se veía dignamente representado en el exterior por funcionarios celosos del nombre italiano y animados en mantenerlo en alto. Ello influiría más tarde en las declaraciones hechas por Garibaldi en Génova en favor de Piamonte.

Resulta interesante el testimonio de Canevaro que publica Bonfiglio. Refiriéndose al Perú, dice que "aunque su gobierno es republicano, la mayor parte y la más sana de los mandatarios y de la población odia tal sistema, por las continuas revoluciones internas que en el pasado han asolado a este país, y por el continuo despojo de la hacienda pública".

Según el archivo de Luis Lazarte Ferreyros, anotado y dirigido por Juan Miranda Costa en *Apuntes sobre cien familias establecidas en el Perú*, el mencionado cónsul sardo, José Canevaro Raggio, natural de Zoagli, distrito de Chiavari, se casó con doña Francisca Valega, hermana de Carmen, esposa de Pedro Denegri, el propietario de la nave a quien nos hemos referido, y tuvo de ese matrimonio nada

menos que trece hijos. Es evidente que este parentesco espiritual influyó en la atención que puso el cónsul al problema suscitado. Varios de sus hijos tuvieron destacada participación en la vida política y social del país. El general César Canevaro Valega fue diputado, senador, alcalde de Lima, jefe del Estado Mayor General del Ejército, presidente del Club de la Unión, vicepresidente del Partido Constitucional que dirigió el general Andrés A. Cáceres, primer vicepresidente de éste durante su segunda administración en 1894 y primer vicepresidente de Leguía al comenzar el Oncenio, en 1919; estuvo casado con doña Ignacia Rodulfo, cuya memoria se venera en la Fundación que lleva su nombre. El primogénito José Francisco Canevaro Valega, nueve años mayor, fue segundo vicepresidente de la República con Mariano Ignacio Prado (1878). Felice Napoleón Canevaro Valega, un año menor que el anterior, fue a Italia, donde llegó a ser almirante, ministro de Marina y ministro de Relaciones Exteriores. Incluso participó en las milicias garibaldinas en 1860. Rafael Canevaro Valega, cinco años menor, fue decano del cuerpo consular de Lima y presidente del Club Nacional.

Bonfiglio nos hace ver que resulta sintomático que Antonio Raimondi no contactara a Garibaldi, a pesar de haber participado ambos en los movimientos ocurridos en Roma en 1849. El distinguido sociólogo explica la actitud en el deseo del gran naturalista de dejar su testamento político a

la juventud peruana. Su ahijado y pariente político Aurelio Arnao Loli nos revela que el sabio recordaba la campaña de Roma con Garibaldi. Por lo demás, como apunta Pippo Ravenna, es curioso que apenas tres meses antes de que Garibaldi fuera a cargar guano en las islas de Chincha, Raimondi hubiera estado ahí realizando investigaciones científicas. No obstante, hemos encontrado un dato en sentido contrario en la *Historia cronológica del Perú, 1850-1878*, de Lázaro Costa Villavicencio, quien señala que el gran sabio visitó a Garibaldi y le dijo: "Quiere el destino que Ud. sea el libertador de Italia y el mío el de poderme consagrar a revelar la naturaleza de este maravilloso país". En este mismo sentido se pronuncia Ettore Janni en *Vida de Antonio Raimondi*, al señalar que es indudable que el sabio aprovechó más de una ocasión para charlar con el ilustre patriota ausonio en casa del médico piemontés José Caffari de Barge, quien alojó en el Callao a Garibaldi mientras éste aguardaba que se le aparejase la nave para el transporte de guano a China. La adhesión años antes a la causa de Italia y al legendario caudillo -vistió la camisa roja de sus voluntarios-, nos hace pensar que es poco probable que el sabio no buscara la ocasión de ver a Garibaldi. Sin embargo, no hay evidencias del encuentro y, de haber ocurrido, resultaría extraño que Raimondi, que escribió tanto, no lo haya mencionado. Quizás encontremos una explicación en el hecho de que Raimondi se mantuvo alejado de la

colectividad italiana en el Perú, como anota Bonfiglio. Una curiosidad más: la madre de Garibaldi, Rosa, apellidaba Raimondi.

Años más tarde, el médico italiano Nino Barazzoni, quien fue cónsul de Italia en el Callao, cuenta cómo quedó estupefacto cuando durante una intervención quirúrgica, en una casa modesta de un tal Schiantarelli, éste le dijo: "Ésta es la habitación de Garibaldi". Al tomar conocimiento de que el héroe vivió en ese pobre cuarto después de la gloria de Roma y cuando su nombre era ya conocido mundialmente, miró con respeto las cuatro paredes dentro de las cuales habían transcurrido quizás las horas más tristes, en el período más infeliz de su vida, del hombre que escribió las heroicas páginas del *risorgimento* italiano. Poéticamente, Pippo Ravenna ha asemejado esta humilde habitación a la de Epaminondas, que al ser vista por Alejandro Magno provocó la siguiente reflexión: "Una casa así pequeña no podría sino albergar a un hombre así grande".

Interesado vivamente en el tema del ilustre visitante, Barazzoni tuvo la fortuna de conocer a uno de los pocos sobrevivientes entre los amigos que Garibaldi tuvo en el Perú: el genovés Michele Canessa, fabricante de jabón. Conversó con él muchas veces y escribió su testimonio. Este contemporáneo del aventurero legendario le contó que Garibaldi vino al Perú esperanzado en que madurasen los eventos en su patria, escogiendo la

nuestra como podría haber sido cualquier otra. Se la pasaba leyendo en el huerto, jugaba a las bochas como en su tierra y fue a algunas *corridas de toros*, las cuales le gustaban mucho. Bajaba acompañado al puerto a ver las naves, a buscar marinos italianos y noticias de Italia; su paseo favorito era recorrer el muelle.

Cuando Garibaldi se fue a China, Canessa quedó encargado de guardar toda la correspondencia que venía de Italia. Un día le avisaron que la *Carmen* se avecinaba al puerto, así que contrató una barca para ir a su encuentro y, al abordar la nave, Garibaldi lo reconoció desde el puente y le gritó: "¿Me has traído las cartas?"; al contestarle que no, Garibaldi le expresó contrariado que hacía mucho tiempo que no tenía noticias de Italia, pronunciándole blasfemias por mantenerlo impaciente más de lo necesario. Esa noche, Garibaldi devoró toda la correspondencia, y cenó después con el rostro iluminado de alegría.

Canessa relató que Garibaldi estuvo expansivo como nunca, y de muy buen humor. Ello nos hace pensar que no es exacto lo que afirman algunos biógrafos, como Milani, que tomó conocimiento de la muerte de su madre por esas cartas. Sin duda, supo de ella estando en el Oriente, donde debió recibir esa información.

Montanelli ha señalado que en las *Memorias* y en el epistolario de Garibaldi existe poco rastro de este período de la vida del héroe en América y en el

Oriente, probablemente el más gris. Mack Smith narra que se sabe poquísimo del período en que el héroe estuvo entre nosotros, pues escribió pocas cartas y su vida fue lo más descolorida y oscura, y que Jessie White, quien lo frecuentó mucho, intuyó que fue el período más triste de su vida, tanto que raramente hablaba de esta etapa a sus amigos. El mismo Montanelli escribió "que creía que la distancia podía atenuar la amargura del alma pero que fatalmente no era cierto, habiendo arrastrado una existencia muy poco feliz, tempestuosa y ácida, estando ya preparado y honrado para servir a una causa santa: la emancipación de su tierra".

Cuando Garibaldi regresó a Italia en 1854, con la herencia de su hermano Felice completó la adquisición de la mitad de la isla Caprera, que forma parte del archipiélago de la Magdalena, en Cerdeña, cercana a Porto Cervo. En 1865, unos amigos ingleses le regalaron la otra mitad. Construyó una casa de estilo sudamericano —aunque los locales digan que la casa es de puro estilo sardo—, y ahí criaba animales, pescaba y cultivaba su huerto.

La vinculación del héroe con el Perú se prolonga más allá de su presencia en nuestras costas. Porras da a conocer una hermosísima huella de peruanidad, de cuando los españoles ocuparon las islas de Chíncha, en 1864. Garibaldi las conocía, pues de ellas obtuvo el guano que llevó a China trece años antes, como ha quedado anotado. Y es, precisamente, desde la isla de Caprera, desde donde

Garibaldi escribió una carta que fue publicada en Ginebra. En ella decía que "una agresión contra el territorio peruano ha ocasionado un grito de reprobación y venganza en todas las naciones hermanas". Denunciaba "la asquerosa asociación de los tiranos de Europa para la esclavitud común", sentenciando que los tiranos pasaban, mientras que las naciones eran inmortales.

Entonces, Garibaldi ya había alcanzado la gloria con los hechos de 1860, año en el que fue ensalzado por Francisco de Paula González Vigil en una carta cuyo contenido fue difundido por Porras, y en el que Carlos Enrique Pasta compuso el *Gran himno guerrero* en su homenaje. Cabe resaltar que dos años antes Oliveri había compuesto en Italia el *Himno Garibaldi*, con letra de Mercantini.

Un evento ocurrido en 1862, cuando Garibaldi fue herido en una pierna en la batalla de Aspromonte, también da cuenta de los vínculos que mantuvo con el Perú a pesar de su alejamiento. En dicha ocasión, su médico Zanetti logró extraerle la bala, correspondiéndole al cirujano francés Nélaton, médico personal de Napoleón III, salvarle la pierna, al extraer las esquirlas con una sonda flexible creada para el efecto, un invento que se usa hasta la actualidad. La recuperación de Garibaldi se celebró en el Perú, y los italianos residentes encomendaron al grabador Seregni acuñar medallas en oro y en cobre en honor de los médicos.

La presencia de Garibaldi despertó una gran

corriente en favor de Italia. En 1861, el gobierno de Ramón Castilla reconoció inmediatamente al nuevo rey de Italia Víctor Emanuel II, proclamado por el Parlamento de Turín. Narra Porras que también hubo "manifestaciones de simpatía ardorosa por las camisas rojas de los garibaldinos, en los años de la lucha libertaria y en ocasiones como las exequias realizadas en Lima por el rey Carlos Alberto de Cerdeña, en las colectas públicas en favor de los republicanos italianos y en las jornadas civiles que saludaron la ocupación de Roma en 1870, no obstante el profundo catolicismo del pueblo peruano". Asimismo, Basadre da cuenta en su *Historia de la República* de once bomberos italianos fusilados por los chilenos en Chorrillos, en 1881, señalando que hubo una rectificación oficial de la colonia italiana a la noticia propalada de que una columna de garibaldinos combatió al lado de los peruanos en Miraflores. No obstante, en una adenda posterior reitera la romántica versión, diciendo que los fusilados formaron parte de dicha legión, y que sus combatientes destacaron, al lado de las tropas peruanas, por sus clásicas camisas rojas. Agrega que habrían sido ejecutados como soldados extranjeros al servicio de un ejército vencido.

Hoy todavía encontramos en el Perú personas que dicen tener un vínculo de sangre con Garibaldi y llevan este apellido como paterno o materno. Entre estos descendientes, muchos llevan el nombre de Garibaldi, aunque sea por una situación de hecho.

La Expedición de los Mil hizo de Garibaldi un personaje legendario en todo el mundo y convirtió su nombre en esperanza de los pueblos oprimidos. El presidente Lincoln le ofreció el comando de una armada en la Guerra de Secesión contra los esclavistas del Sur, en 1861. Garibaldi le pidió al presidente norteamericano algo mucho más ambicioso: el comando de todo el ejército y que aboliera la esclavitud o que le dieran a él el poder para hacerlo. Hubo quince mil voluntarios italianos preparados para enrolarse. La participación de Garibaldi no prosperó, pero en 1863 Lincoln declaró abolida la esclavitud. Entonces, Garibaldi se dirigió a Lincoln llamándolo Emancipador. Cuando de esclavitud se trata, los peruanos no debemos olvidar que Castilla le puso fin en 1855.

Entre las relaciones más pintorescas que estableció Garibaldi con sus contemporáneos, se cuenta la que desarrolló con Alejandro Dumas, padre. Cuando el héroe organizó la Expedición de los Mil y tomó Sicilia, Dumas se encontraba navegando en el Mediterráneo en su bote *Emma*. Al enterarse, enrumbo hacia Palermo con toda su vitalidad a pesar de sus sesenta años y le propuso a Garibaldi ser su embajador ante los jefes de Estado extranjeros para obviarle cualquier dificultad diplomática, lo que Garibaldi aceptó inmediatamente. Dumas se puso íntegramente a disposición de la causa garibaldina. Corría el año 1860. La conducta extravagante del dramaturgo y su compañera de

dieciséis años, vestida de almirante, pusieron la nota de curiosidad en el ejército garibaldino. Gracias a esta providencial asociación, Alejandro Dumas ha dejado escritas hermosas páginas de las epopeyas del héroe, algunas de ellas bastante novelescas. Quizás Dumas influyera también en la vocación de Garibaldi, expresada en sus *Memorias* y en sus novelas *Clelia o il Governo del Monaco*, *Cantoni il volontario* e *I Mille*, así como en sus innumerables cartas. Garibaldi era políglota, pues dominaba el inglés, francés, portugués y español, además del italiano.

En la cúspide de la gloria, congregaba multitudes a su alrededor, donde estuviera. En 1864 visitó Inglaterra. Llegó a la estación de Londres en un tren especial a las dos de la tarde de un 11 de abril; ahí fue apoteósicamente recibido por medio millón de personas. Entre la masa observaba impávido el tirano argentino Rosas, contra el que había combatido, ahora convertido en exiliado. Karl Marx, que lo despreciaba, calificó las manifestaciones de "deplorable bufonada". A su vez, Disraeli se negó a ir a extenderle la mano a ese "pirata". La reina Victoria sintió vergüenza de la muchedumbre, mas el futuro Eduardo VII, contra la opinión de su madre, fue a Londres a verlo. Sólo a las ocho de la noche Garibaldi pudo llegar a la casa donde estaba invitado.

Diez años antes, de regreso del Perú, había estado en Londres, donde también disfrutó de la

popularidad. Estuvo con Mazzini, quien brindó por la libertad de los pueblos y por la persona que por sus acciones era su encarnación viviente. Cenó con el embajador Buchanan, futuro presidente de los Estados Unidos. Debido a que su presencia incomodaba, al entonces primer ministro Gladstone le tocó disuadirlo para que regresara a Italia.

Al desatarse la guerra franco-prusiana en 1870, Garibaldi fue buscado en Caprera para que se uniera a los franceses, después de la derrota de Sedán. Caído Napoleón III y proclamada la República, habiendo declarado Gambetta que transformaría Francia en un inmenso campo de batalla, Garibaldi le telegrafió: "Pongo a su servicio lo que resta de mí. Disponga". Dirigió el ejército de los vosgos. Por ironía del destino, este alejamiento de su patria lo tuvo ausente de la consagración de la unificación de Italia por la que había luchado tanto. Incluso se podría pensar que fue muy cómodo para el gobierno italiano que Garibaldi se encontrara lejos en esos meses. Después del armisticio, Víctor Hugo se fue al exilio reconociendo que entre todos los generales que combatieron por Francia, Garibaldi era el único que no había sido vencido; de esta manera, salvó el honor nacional.

Al mismo tiempo que se representaban sus célebres obras *Hernani* y *Ruy Blas*, el gran vate francés escribió un extenso poema dedicado a Garibaldi, al que tituló *Mentana*, en el cual alaba sus hazañas. Fue en esa época que Chilly, director del

Teatro Imperial del Odeón, le dirigió la famosa carta a Víctor Hugo, anunciándole que tenía el "honor" de informarle que la reposición de *Ruy Blas* estaba prohibida. El ilustre literato contestó cáusticamente dirigiéndose al emperador Luis Bonaparte en los siguientes términos: "Señor, acuso haber recibido su carta firmada Chilly".

La visión de Garibaldi como semidiós se patentiza en la paráfrasis de la Santísima Trinidad, un tanto irrespetuosa, que escribió un partidario: Padre de la Nación, Hijo del Pueblo y Espíritu de la Libertad. Incluso surgió una versión popular del padrenuestro en la cual se interpolaban frases alusivas al héroe y sus hazañas. Este culto se extendía desde América hasta Rusia, donde muchos aguardaban la llegada de Garibaldi algún día.

Garibaldi tenía una naturaleza fortísima y una voz resuelta. Montanelli escribe que comía como un buey y bebía en grandes cantidades, aunque sus parientes dicen que era casi abstemio y muy parco en la mesa. Se decía que era formidable en los momentos de cólera, pero con mirada tranquila y sonrisa dulce en el reposo. En el centenario de su nacimiento, fue recordado en el Perú por Gio Batta Isola como un león corajudo, con apariencias gentiles, bello y rubio, y sensible a los sentimientos más delicados. Pero sobre todo —lo cual es corroborado por las fotografías de la época—, su rostro exhibía más nobleza y serenidad que belleza, como decía George Sand.

Giuseppe Garibaldi

PÁGINAS ESCOGIDAS DE LAS MEMORIAS



Prefacio

Mi vida ha sido tempestuosa: compuesta de bien y de mal, como creo está la de la mayor parte de las gentes. Tengo la conciencia de haber buscado siempre el bien para mí y para mis semejantes. Si alguna vez hice mal, fue sin quererlo. Odio la tiranía y la mentira con el profundo convencimiento de que ellas son el origen principal de los males y de la corrupción del género humano. Soy republicano, porque este es el sistema de gobierno de las gentes justas, sistema modelo cuando se adquiere y, por consecuencia, no se impone con la violencia y la impostura. Tolerante y no exclusivista, soy incapaz de imponer a nadie por la fuerza mi republicanismo; a los ingleses, por ejemplo, si ellos están contentos con el Gobierno de la reina Vitoria. Si están ellos contentos, debe considerarse como republicano su Gobierno. Soy republicano, pero muy convencido siempre de que es necesaria una dictadura justiciera y temporal en las naciones que, como Francia, España é Italia, son víctimas del bizantinismo más pernicioso.

Todo lo que relato puede servir a la historia. De la mayor parte de los hechos fui testigo ocular.

No escatimo las alabanzas a los que sucumbieron peleando por la libertad en los campos de batalla. Ensalzo menos a los vivos, y poco a mis allegados. Cuando me siento impulsado de justo rencor hacia el que me ofende, procuro aplacar mi

resentimiento antes de hablar de la ofensa y del ofensor.

En todo mi escrito he atacado muy particularmente al clericalismo, porque en él he creído siempre encontrar el origen de todo despotismo, de todo vicio, de toda corrupción.

El clérigo es la personificación de la mentira; el embustero es ladrón, el ladrón es asesino, y así, sucesivamente, podría encontrar en el clérigo una serie de infames corolarios.

Muchos, y yo con ellos, creen poder curar al mundo de la lepra clerical con la instrucción. Pero ¿acaso no son instruidos los hombres que sostienen el privilegio que gobierna al mundo y lo mantiene en el lupanar?

“¡Libertad para todos!” se grita por el mundo, y observan esta máxima los pueblos mejor gobernados. ¡También libertad para los ladrones y los asesinos, para los mosquitos, para las víboras y para el clérigo! Y esta raza negra, grama contagiosa de la humanidad, caríatide de los tronos, hedionda todavía por la carne humana que achicharró donde dominaba la tiranía, se sienta entre los siervos y cuenta aún con las turbas, gracias a ella, hambrientas. En los países libres blasona de libertad, y no quiere más; no necesita protección fuera de la ley, no necesita subvenciones; con la libertad basta al reptil: cretinos y santurrones no faltan en el mundo; bribones interesados en el cretinismo y en la superstición de las masas, ¡habrá

siempre en abundancia!

Se me acusará de pesimista; perdóneme quien tenga la paciencia de leerme: hoy cumplo sesenta y cinco años, y habiendo creído la mayor parte de mi vida en el progreso de la especie humana, me apesadumbra ver tanta maldad y tanta corrupción en éste que se llama siglo civil.

(3 de julio de 1872)

Enamorado

El General Canabarro había decidido que yo marchara de la Laguna, con tres barcos armados, a perseguir la bandera imperial en la costa del Brasil, y me preparé a la obra, recogiendo todos los elementos necesarios para el armamento. En este período tuvo lugar uno de los hechos primordiales de mi vida.

Jamás había pensado en el matrimonio y me creía poco adecuado para él por la demasiada independencia de mi carácter y mi propensión a la vida de aventuras. Tener mujer é hijos, parecíame cosa completamente en desacuerdo con la carrera a que me había consagrado en absoluto desde un principio; no me podía permitir disfrutar de las excelencias matrimoniales, porque repugnaba, con el brío de que me sentía capaz, la quietud y estabilidad necesarias a un padre de familia. El destino decidió de otro modo.

Con la pérdida de Luigi, Edoardo y otros compatriotas, había quedado en un aislamiento desconsolador, parecíame estar solo en el mundo. No existía ninguno de aquellos amigos que casi formaban un pedazo de mi patria en aquellas lejanas regiones. Ninguna intimidad logré tener con mis nuevos compañeros, que apenas conocía, y estaba sin un amigo, de que he sentido necesidad toda mi vida. El cambio de condiciones se había operado de un modo tan imprevisto y horrible, que quedé

profundamente herido. Rossetti, el único que podía llenar el vacío de mi corazón, estaba lejos, ocupado en el Gobierno del nuevo estado republicano; me era imposible disfrutar de su fraternal compañía. Sentía necesidad de tener a mi lado un ser humano que me amase, sin el cual se hacía insoportable mi transformada existencia. Aunque no era viejo, c o n o c í a suficientemente a los hombres para saber cuán difícil es encontrar un verdadero amigo. ¡Una mujer me resolvía el problema! ¡Sí, una mujer, ya que siempre la consideré como la más perfecta de las criaturas y ya que es infinitamente más fácil encontrar en ella un corazón amante!

Paseaba sobre el castillo de la *Itaparica* abstraído con mi tétricos pensamientos, y después de razonar de todas maneras, encontré como conclusión final la necesidad de buscarme una mujer, abandonando mi enojosa e insoportable situación.

Eché al azar la mirada hacia las casa de la



Edoardo Matania,
Primer encuentro con Anita, (1884)

Barra, que así se llamaba una colina más alta situada a la entrada de la Laguna, en la parte meridional y sobre la que se descubrían algunas sencillas y pintorescas habitaciones. Con la ayuda del antejo de larga vista, que habitualmente tenía en la mano cuando estaba sobre el castillo de una nave, descubrí una joven y ordené me transportaran a tierra en aquella dirección. Desembarqué, y habiéndome dirigido hacia la casa donde debía encontrarse el objeto de mi viaje, no lograba hallarla, cuando me encontré con un individuo del pueblo que había conocido en los primeros momentos de nuestra llegada.

Me invitó a tomar café en su casa; entramos, y la primera persona que salió a mi encuentro, era aquella cuyo aspecto me había hecho desembarcar. ¡Era Anita! ¡La madre de mis hijos! ¡La compañera de mi vida, en la fortuna como en la desgracia! ¡La mujer cuyo ánimo he deseado tantas veces! Quedamos los dos estáticos y silenciosos, mirándonos recíprocamente como dos personas que no se ven por primera vez y que buscan en los perfiles respectivos cualquier detalle que facilite el recuerdo.

La saludé, por fin, y le dije:

- Tú debes ser mía.

Hablaba muy poco el portugués, por cuyo motivo pronunciaba en italiano ciertas palabras. Por regla general, en mi audacia tuve siempre el atractivo del imán.

Al decirle aquella frase até un nudo, decreté una sentencia que solo la muerte podía infringir.

(Capítulo XVIII, Tomo I; 1839:
Encuentro con Anita)

Retirada

No quiero pensar cuál era mi situación en aquellos desgraciados momentos. ¡Mi pobre mujer estaba moribunda! El enemigo, persiguiéndonos por el mar con la alegría de una fácil victoria; y con la perspectiva de abordar a un país donde iba a encontrarme con numerosos enemigos, no solo austriacos sino papistas, ahora en fiera reacción.

Sucediera lo que sucediera, arribamos a la costa. Yo tomé a mi querida Anita en brazos, desembarqué y la deposité en la orilla. A mis compañeros, que con las miradas me pedían les dijera lo que debían hacer, les recomendé que se diseminaran y buscaran refugio donde p u d i e r a n hallarlo; de todos modos



F. Fabbi, *Muerte de Anita*,
Florencia, Museo del Risorgimento

que se alejaran del punto donde nos encontrábamos, porque era inminente el arribo de los botes enemigos. A mí me era imposible hacer otra cosa porque no podía abandonar a mi mujer moribunda.

[...]

Me detuve en las inmediaciones del mar, en un campo de maíz, con mi Anita y con el Teniente Leggiero, inseparable compañero mío que había estado también en Suiza el año anterior después del hecho de Morazzone. ¡Las últimas palabras de la mujer de mi corazón, fueron para sus hijos, que presentía no volver a ver!

Estuvimos algún tiempo en aquel campo de maíz indecisos, sin saber qué hacer. Por fin encargué a Leggiero que avanzase un poco hacia el interior, para ver si descubría alguna casa próxima. Con el valor que le caracterizaba, marchó inmediatamente. Quedé bastante tiempo en expectativa, hasta que oí gente que se aproximaba, salí fuera del sitio en que me escondía y ví a Leggiero acompañado de una persona que reconocí inmediatamente, y cuya vista me consoló. Era el Coronel Nino Bonnet, uno de mis más distinguidos oficiales que, herido en el sitio de Roma, donde perdió un valeroso hermano, se había retirado a casa para curarse. No me podía ocurrir dicha mayor que el encuentro de este hermano de armas. Habitante y propietario de aquellos contornos, había oído el cañoneo, y, presintiendo nuestra aproximación, se había arrimado a la orilla del mar para encontrarnos y socorrernos. Valiente y de gran inteligencia, Bonnet, con gran peligro de sí mismo, buscó y encontró lo que buscaba. Una vez hallado tan grande auxilio, me puse completamente a sus órdenes, y esto fue naturalmente la salvación

nuestra. Propuso que nos aproximáramos en el acto a una choza que se hallaba inmediata, para aliviar algún tanto a mi infeliz compañera. Nos aproximamos, sosteniendo a Anita ente dos, y con gran fatiga llegamos a la casa de aquellas pobres gentes, donde nos dieron agua, primera necesidad de la enferma, y no sé qué otra cosa. Marchamos después a una casa de la hermana de Bonnet, que nos recibió amabilísima. De allí atravesamos parte del valle de Comacchio, dirigiéndonos a la Mandriola, donde debíamos encontrar un médico. Llegamos a este punto; Anita estaba colocada sobre un colchón, en el carro que la había conducido. Apenas vi al doctor Zannini, que llegó en el mismo momento, le dije: "Procurad salvar a esta mujer." El doctor encargó que la transportáramos a un lecho.

Tomamos cada uno de los cuatro un ángulo del colchón, y trasladamos a la enferma a una habitación de la casa, que se encontraba al final de una escalera. Al depositar a mi mujer en el lecho, me pareció descubrir en su rostro la expresión de la muerte. La tomé el pulso...¡pero no latía! ¡Tenía delante de mí el cadáver de la madre de mis hijos, a la que tanto amaba!...¡Y estos me pedirían cuenta de ella, apenas me vieran!

¡Lloré amargamente la pérdida de mi Anita! de la que fue mi compañera inseparable en las más venturosas circunstancias de mi vida. Recomendé a aquella buenas gentes que me rodeaban dieran sepultura al cadáver, y me alejé ante los ruegos de los

mismos de la casa a quienes comprometía permaneciendo más tiempo. Me dirigí hacia San Alberto, con un guía que me condujo a la casa de un sastre pobre, pero honrado y generoso.

Con Bonnet, al que confieso debo mi vida, comienza la serie de mis protectores, sin los cuales no hubiera podido caminar treinta y siete días, desde la desembocadura del Po al golfo de Sterbino, donde me embarqué para la Liguria.

Desde las ventanas de la casa donde me encontraba vi pasar a los soldados austriacos, insolentes como el ordinario. Habité dos casas en este pequeño pero excelente pueblo, y en ambas fui custodiado, escondido y tratado con una generosidad superior a los medios económicos de aquellas buenas gentes. Desde San Alberto mis amigos encontraron oportuno transportarme a la vecina Pineta, donde permanecí algún tiempo, cambiando de sitio a cada momento para mayor seguridad.

Eran varios los que conocían el secreto que me ocultaba, como en mágica nube, a las miradas de mis perseguidores, no solo austriacos sino papistas, que eran los peores: y eran jóvenes en su mayor parte estos valientes romañeses. Necesitaba verse con qué cuidado atendían ellos a mi salvación. Cuando me creían en peligro en un punto, venían de noche con un carrito para transportarme a muchas millas de distancia, a otra posición más segura.

Los austriacos y los clérigos, por su parte, hacían todo género de indagaciones para

descubrirme. Los primeros habían dividido un batallón en secciones para recorrer la Pineta en todos los sentidos. Los curas, desde el púlpito y desde el confesionario, instaban a los campesinos ignorantes a que sirvieran de espías para mayor gloria de Dios.

Mis jóvenes protectores habían combinado señales nocturnas con una maestría admirable, para trasladarme de un punto a otro y para dar la alarma cuando se descubría un peligro. Sabían que existía algún inconveniente cuando notaban un fuego en un sitio determinado, y pasaba a otro: si, por el contrario, no se percibía fuego, se volvía atrás o se tomaba otra dirección. Algunas veces, temiendo equivocarse, el conductor descendía del carro y se adelantaba él mismo para reconocer; otras veces, sin descender, encontraba enseguida quien le informaba de todo.

Tales medidas estaban tan exactamente tomadas, que causaba admiración. Téngase en cuenta que cualquier cosa que se hubiera sabido, cualquier noticia que llegase a los austriacos de cuanto sucedía, hubieran sin proceso y sin misericordia fusilado hasta a los niños de las familias que me favorecían con tanta devoción.

Me duele no poder denunciar a la historia los nombres de aquellos generosos jóvenes a los que ciertamente debo la vida.

(Cap. IX, Tomo II; 1849: Muerte de Anita)

En el destierro

En mi destierro no era olvidado por mis amigos. Francesco Carpaneto, al que debía desde mi arribo a Italia el año 1848 infinidad de favores, había pensado recoger por medio de mis conocidos y los suyos la suma suficiente para construir un barco y regalármelo para con él ganarme la vida. Ya que no podía hacer nada en cumplimiento de mi misión política, estaría al menos ocupado, trabajando en el comercio y adquiriendo una existencia independiente, que me permitiera no ser una carga perpetua para los hombres generosos que me daban hospitalidad. Acepté inmediatamente el proyecto de mi amigo Francesco, y me dispuse a salir para los Estados Unidos, donde había de efectuarse la compra del barco.

Hacia junio de 1850 marché a Gibraltar, de allí a Liverpool, y de Liverpool a New-York. En la travesía para América padecí dolores reumáticos, que me atormentaron durante gran parte del viaje, y fui desembarcando como un baúl, porque no podía moverme, en Staten-Island, en el puerto de New-York.

[...]

Un bravo amigo florentino, Antonio Meucci, estableció una fábrica de bujías y me ofrecí a ayudarle en su establecimiento. Dicho y hecho. No podía interesarme en la especulación por falta de fondos, porque las treinta mil pesetas mencionadas,

no siendo suficientes para la compra del barco, habían quedado en Italia; me adapté, pues, a aquella labor, con la condición de hacer cuanto pudiera.

Trabajé algunos meses con Meucci, el cual no me trató como a un obrero cualquiera, sino como a uno de la familia y con mucho cariño. Un día, cansado de hacer bujías o impulsado quizá por mi inquietud natural y habitual, salí de casa con el propósito de mudar de oficio. Me acordé que había sido marinero, conocía algunas palabras del inglés, y me dirigí a los muelles de la isla, donde había algunas barcas de cabotaje ocupadas en cargar y descargar mercancías. Llegué al primero y pedí ser embarcado como marinero; apenas atendieron mi petición los que había en el barco, y continuaron sus trabajos. Hice lo mismo aproximándome al segundo, y obtuve la misma respuesta. Pasé a otro donde estaban descargando, y pedí que me permitieran ayudarles en su trabajo, y como respuesta me dijeron que no me necesitaban. "No os pido merced" insistía yo; y nada. "Quiero trabajar para quitarme el frío" (que lo hacía de verdad): menos todavía. Me marché mortificado.

Recordé con el pensamiento aquellos tiempos en que tuve el honor de mandar la escuadra de Montevideo, además del belicoso é inmortal ejército. ¿Para qué me servía todo esto? ¡Para nada! Reprimí las mortificaciones y volví al trabajo del sebo. Por fortuna, no había participado mi resolución al excelente Meucci, y después, cuando pensé bien lo

sucedido, el despecho fue menor. Debo confesar desde luego que no era el comportamiento de mi buen principal lo que me había inducido a mi intempestiva resolución: él era conmigo muy pródigo y benévolo, como lo era la señora Ester, su mujer.

[...]

Llegó por fin el amigo Francesco Carpaneto a New-York. Había iniciado en Génova un negocio en grande para la América central. El *San Giorgio*, nave de su propiedad, salió de Génova con parte de la carga, y él había estado en Inglaterra con el fin de preparar el resto y enviarlo a Gibraltar, donde el barco debía tomarlo. Decidido a acompañarle a la América central, hicimos pronto los preparativos de marcha, y en 1851 me puse con Carpaneto en viaje para Chagres, en un vapor americano mandado por el Capitán Johnson.

De Chagres pasamos con un *yacht* de la misma nación a San Juan del Norte, allí tomamos una piragua, y remontamos el río de San Juan hasta el lago de Nicaragua. Atravesamos éste y llegamos por fin a Granada, puerto y pueblo el más comercial del lago. En Granada estuvimos pocos días, fuimos muy obsequiados por algunos italianos allí establecidos, y principió sus operaciones comerciales el amigo Carpaneto, para las cuales visitamos gran parte de la América Central, atravesando varias veces el istmo de Panamá.

Acompañé a mi amigo en aquella excursión más como compañero de viaje que como

colaborador de sus trabajos, en los cuales me confieso principiante, pero no lo era Carpaneto, en el que yo admiraba la habilidad é inteligencia con que manejaba toda clase de negocios que podían producir utilidad. Viajaba yo en aquella época con el nombre supuesto de Giuseppe Pane, nombre que ya había usado en el 34 para librarme de la curiosidad y molestias policiacas. En las combinaciones comerciales de Carpaneto, servía de base la llegada de la nave *San Giorgio* a Lima, y había proyectado marchar a aquella ciudad para esperarla. Volvimos, pues, a San Juan del Norte, pasamos Chagres, y de allí remontamos el río Cruz para llegar a Panamá.

En aquel último viaje fui atacado por las terribles fiebres, endémicas en aquel clima y en aquel país, lleno de pantanos. Me hirieron como un rayo, y me postraron en cama; jamás me vi tan abatido por el mal como en aquella época, y si no hubiese tenido la fortuna de encontrarme en Panamá con excelentes compatriotas, entre ellos con los hermanos Monti, y con varis buenos americanos, firmemente creo que no me libro de la enfermedad. Mi querido Carpaneto, en aquellas peligrosísimas circunstancias, tuvo para mí cuidados verdaderamente fraternales. Me embarqué en Panamá, en el vapor inglés que debía conducirme a Lima, y el aire del mar fue para mí un bálsamo que aseguró mi salud. En la travesía pasamos por Guayaquil, desde donde intenté en vano descubrir la cima del Chimborazo, casi siempre escondida entre las nubes. En Païta desembarcamos,

nos detuvimos un día y nos hospedamos en casa de una generosa señora del país, que se encontraba en el lecho desde hacía algunos años, herida por un ataque apoplético en las piernas. Pasé parte de aquella jornada junto al lecho de aquella señora, sobre un sofá; pues, aunque algo mejor de salud, tenía que estar echado y sin hacer movimiento.

Doña Manolita de Saenz era la más simpática, y cariñosa matrona que yo conocía; había sido muy amiga de Bolívar, por lo que recordaba los más minuciosos detalles de la vida del gran libertador del América Central, cuya existencia, enteramente consagrada a la emancipación de su país, y cuyas virtudes, no fueron bastantes para sustraerle al veneno de la envidia y del jesuitismo, que amargaron sus últimas horas. Es la eterna historia, la de Sócrates, de Cristo, de Colón! ¿Y el mundo ha de ser siempre presa de miserables nulidades que lo engañan?

Después de aquella jornada, que llamaré deliciosa, en comparación con las angustias del pasado, casi toda empleada en acompañar a la interesante inválida, dejé a ésta verdaderamente conmovida. A los dos se nos humedecieron los ojos, presintiendo, sin duda, que aquel sería para ambos el último adiós. Me embarqué nuevamente en el vapor y llegué a Lima, siguiendo la bellísima costa del Pacífico.

He dicho bellísima, hablando de la costa occidental de América desde Panamá a Lima, y

debiera haber dicho pintoresca, porque, si se exceptúan los puntos de Panamá, Guayaquil, Paíta y Lima, ofrece en su mayor extensión caracteres semejantes a los áridos arenales del África. No diré nada de la parte cubierta de verdor, semejante al oasis, porque es cosa estupenda; en aquel país, donde son raras é insignificantes las lluvias, el agua dulce surge junto al Océano, y basta escavar algunos palmos para encontrarla abundantísima. Los Andes, verdaderos gigantes de la tierra, poco separados del litoral, son el origen de aquel agua purísima, tesoro del país, aún más precioso que los ricos metales que abundan de un modo tan notable.

Esperaba encontrar en aquella vertiente de la gran cadena americana, más animada vegetación y menos desolados desiertos de arena: en suma, un país mucho más bello en las faldas de las altas cordilleras. Nacido yo en la de los Alpes, he buscado en vano por todas partes un valle pintoresco que poder comparar al de mi deliciosa Niza.

No diré que sea muy pintoresca toda aquella interesante costa, pero tiene pedazos bellísimos como Lima y el Valle del Paraíso. ¡*Valparaíso!*

En Lima encontramos al *San Giorgio*; fui espléndidamente acogido por aquella rica y generosa colonia italiana, especialmente por las familias Sciutto, Denegri y Malagrida. El Sr. Pedro Denegri me dio el mando de la *Carmen*, barco de cuatrocientas toneladas, y me preparé para un viaje a China.

Mi amigo Carpaneto partió de Lima en el *San Giorgio* para recorrer la América Central y tomar la carga que había preparado. No volví a ver más a aquel querido amigo, al que debía mucho cariño, mucha esplendidez y hasta la vida; murió de cólera algunos años después sin haber podido ultimar las expediciones que había iniciado con tanta esperanza y sagacidad, y que dieron por fruto amargas desilusiones y el encontrar la muerte tan lejos de la Italia que idolatraba.

Me sucedió en Lima un hecho deplorable, antes de emprender el viaje. Habitaba al principio de mi estancia en aquella ciudad, en casa de Malagrida, donde, convaliente todavía de las fiebres, recibí unos cuidados y una asistencia cariñosísima por su parte y por la de su señora. En aquella casa veía algunas veces a uno de esos franceses que están impregnados de *chauvinisme*. Yo, poco accesible por naturaleza, y descubriendo que este individuo era un poco propenso a la charla, evitaba entablar conversación con él cuanto me era posible. Sin embargo, un día llegó a cojerme y me llevó, contra mi voluntad, al tema de la expedición romana llevada a cabo por el ejército bonapartista. La cuestión no me agradaba naturalmente, y procuraba cambiarla; pero inútilmente, porque él, no solo se obstinaba en continuar, sino que se expresó en términos poco decorosos para los italianos. Yo le contesté con palabras un poco fuertes, sosteniéndome en los límites de la decencia, por respeto a la casa en que

nos hallábamos, y así terminó el incidente. Pocos días después, encontrándome en el Callao, puerto de Lima, a bordo de la *Carmen*, ocupado en los preparativos de mi viaje, me llegó un diario de Lima en que aquel *chauvin* me insultaba. No dije una palabra, sino que, en la tarde del sábado, al terminar mis ocupaciones, marché a Lima, busqué su casa, que era un gran almacén, entré, me aproximé a él, le dije si me conocía, y al responderme afirmativamente, le di cuatro golpes con una caña ligera que acostumbraba a llevar. Con el calor de la cuestión no me cuidé de si iba solo o acompañado, y me encontré con que tenía que habérmelas con dos adversarios más robustos que yo. El nuevamente llegado, viéndome luchar con su compañero, me administró un bastonazo por detrás, sobre la cabeza, que me llenó la cara de sangre, y al mismo tiempo trataba de herirme con un estoque por la espalda. Vacilé aturdido, y estuve a punto de caer; si caigo, me puedo considerar muerto, porque mis adversarios estaban justificados habiéndoles asaltado yo en su propia casa. ¡Pero no caí, por fortuna! Irritado con la vista de la sangre, que me inundaba el rostro, me volví furioso, desarmé al más fuerte, el otro comenzó a huir hacia el interior, más espantado de mi excitación que de mi fuerza, y en seguida le siguió el segundo. Quedé dueño del campo de batalla, en un espacioso almacén de mercancías, que no me pertenecían, y busqué refugio en otro lado.

Digno de mención es el cariño con que mis

conciudadanos me apoyaron en aquella ocasión. La policía de Lima, excitada por el furibundo Cónsul francés, quería arrestarme violentamente; pero el comportamiento de los italianos se lo impidió. Estos se mantuvieron dignos y unidos, y Lima les contaba a millares, todos gente fuerte y bien dispuesta. Todos vinieron en mi apoyo, y pidieron respetuosamente al Comisario de policía que no me arrestase. El Comisario hizo muchas exclamaciones, pero no me arrestó, intimado por aquel grupo de hombres tranquilos, pero resueltos en su propósito.

El Cónsul francés exigía en principio una satisfacción del Gobierno peruano, formulada nada menos que en una multa y una excusa por parte mía. El Cónsul sardo, Canevarro, era intermediario en aquella cuestión, y no dejó de interesarse por mí. En fin, se resolvió la cosa sin multa y sin satisfacciones.

Cuando yo pienso en la colonia italiana de la América meridional, me pongo verdaderamente orgulloso: aquellos conciudadanos nuestros, sobre la libre tierra de las Repúblicas, me parecen de más valor que en nuestro propio país.

[...]

A los pocos días navegaba con la *Carmen* hacia las islas Chinchas, donde cargué guano, destinado a la China, y volví después al Callao con el fin de ultimar las disposiciones de tan largo viaje.

El 10 de enero de 1852 zarpé del Callao para Cantón. Empleé noventa y tres días en el viaje, siempre con viento favorable. Pasamos a la vista de

las islas Sandwich, y entramos en el mar de la China, entre Formosa y Luzón, de las Filipinas.

Llegado a Cantón, mi consignatario me mandó a Amoy, porque no podía vender la carga de guano en aquella plaza. De Amoy volví a Cantón, y no estando aún dispuesto el cargamento de regreso, embarqué para Manila diferentes géneros. De Manila volví a Cantón, donde se mudaron los palos a la *Carmen*, porque estaban destrozados, y se cambió también el cobre. Dispuesto el cargamento, abandonamos Cantón, saliendo para Lima.

[...]

Desde el estrecho de Bass navegamos entre Nueva Zelanda y Lord Auckland Land; y montando los 52° de latitud meridional, empujados por vientos fuertes de poniente, nos dirigimos hacia la costa occidental de América. Nos aproximamos a esta costa, después de muchos días de feliz navegación, desviándonos a la izquierda hacia la zona tórrida, buscando los vientos generales que soplan eternamente del Sudeste, y que nos condujeron a Lima, después de una travesía de cerca de cien días. En los últimos escaseaban los víveres, y, por precaución, hubo necesidad de poner la gente a ración. Se desembarcó la carga en Lima, continuamos con lastre para Valparaíso, y al llegar a este punto, se fletó la *Carmen* para una viaje de Chile a Boston, con cobre. Arribamos a varios puertos de la costa de Chile, Coquimbo, Guasco, Herradura, y se completó el cargamento con lana, en Islay (Perú).

Al salir de Islay navegamos hacia Mediodía para el cabo de Hornos, y, después de una travesía muy tempestuosa en las altas latitudes, llegamos a Boston. En este punto tuve orden de marchar a New-York; al llegar, recibí una carta del propietario de la *Carmen* con algunos reproches inmerecidos, por lo que dejé el mando de dicho barco.

[...]

Permanecí algunos días más en New-York, gozando de la grata compañía de mis buenos amigos Foresti, Avezzana y Pastacaldi, y habiendo llegado en aquel tiempo al puerto el Capitán Figarí, con el intento de comprar un barco, me propuso que lo mandara conduciéndolo a Europa. Acepté y fuimos con el Capitán Figarí a Baltimore, donde se adquirió el buque *Commonwealth*; lo cargamos de harina y grano, y salimos para Londres, a donde llegamos en febrero de 1854.

De Londres marché a Newcastle, donde cargamos carbón de piedra para Génova, y arribamos a este último puerto el 10 de mayo del mismo año.

En Génova fui atacado de reumatismo, y me trasladé a la casa de mi amigo el Capitán G. Paolo Augier, en la que recibí hospitalidad cariñosa quince días; de allí pasé a Niza, donde tuve la inmensa fortuna de estrechar a mis hijos, después de un destierro de cinco años.

(Cap. X, Tomo II)

2007: UNA OCASIÓN IMPORTANTE

El bicentenario del nacimiento de Giuseppe Garibaldi es una oportunidad significativa no sólo para recordar como sin duda se merece a una gran personalidad de nuestra historia común, sino también para salvaguardar el núcleo fundamental de su biografía y reproponer su figura a la actualidad. En mi opinión, la fuerza del mensaje de Garibaldi está hoy no sólo y no tanto en el papel –obvio– de “libertador global”, de luchador por la independencia y la libertad de los pueblos, sino sobre todo en el modo en que interpretó, incluso involuntariamente, ese papel. Se podrá discutir aún durante muchos años sobre sus defectos, quizá sobre su ingenuidad y su simplicidad, pero lo que descuella de modo prepotente es su generosidad, su valentía, su lealtad, el absoluto desinterés en sus acciones.

Son precisamente estas características las que, junto a sus éxitos militares, permiten que se haya propagado la admiración por él, e incluso una veneración popular como, quizá, nunca se ha dado para ninguna otra personalidad de la historia.

Es de esperar que esas cualidades que en Garibaldi se concentraron de modo especialmente fuerte no sean irrepetibles hoy. Indicar, por tanto, a los hombres de acción y de gobierno, que se inspiren aunque sea parcialmente en esas virtudes, no debería ser un ejercicio banal o un esfuerzo inútil.

Precisamente porque el mundo entero, y en particular el continente americano, está viviendo procesos de crecimiento y de transformación económica, social y política gigantescos, se debería apreciar la importancia que podrían asumir esas virtudes como ulterior palanca para el cambio y como modelo ético laico.

Brasil, Uruguay y el Perú fueron fundamentales para la plena formación de Garibaldi y para sus posteriores empresas. Cuando llega a Río de Janeiro es más que nada un hombre de mar, gran nadador, marinero experto, comandante de navíos, cualidades todas que ha adquirido viviendo de cerca el mar en su ciudad de Niza y gracias a su familia, originaria de Génova, y que ha experimentado navegando durante muchos años por el Mediterráneo; y es también exiliado político, embebido de los ideales mazzinianos, de ansia de libertad, independencia y justicia social para su Italia y para todos los pueblos. En estas tierras encuentra la amistad de Bento Gonçalves, de Rossetti, de Cuneo y de tantos otros, y encuentra el amor. Aprende a combatir sin dejarse llevar por la crueldad de la guerra, adquiere prestigio y honores sin, no digo ya la obsesión, ni siquiera el interés por el poder y el dinero. Es fiel a sí mismo e incluso refuerza sus ideales y la corrección de fondo en las relaciones con los seres humanos. Entre América del Sur y Garibaldi se crea una enorme simbiosis: una libertad de espacios abiertos, quizá algo selvática,

pero generosa y coherente.

Aquel periodo del siglo XIX, que para nosotros significa el Resurgimiento italiano, redescubre la importancia de la formación de las naciones, de la independencia de la opresión, de la aspiración por la libertad no sólo de los individuos, sino de los pueblos. No llega a convertirse en cerrado nacionalismo en sus mejores figuras (como Giuseppe Mazzini), porque se vincula a una concepción universal de la libertad y de la democracia y, al contrario, anticipa la supranacionalidad con la idea de los Estados Unidos de Europa. No se limita a teorizar una sustitución de las clases dirigentes, porque de fondo mantiene una idea de solidaridad, de emancipación del trabajo, de instrucción popular, y también de una relación diferente entre hombre y mujer, que alterará con el tiempo el orden social. Espero que, también en nombre de Garibaldi, este año de 2007 contemple un entretrejerse de las relaciones entre Italia y Sudamérica cada vez más estrecho y más fecundo, entre los estados pero también entre las autoridades locales, las instituciones culturales, los ciudadanos de unos países que tanto tienen en común y tanto pueden intercambiarse.

Roberto Speciale
Presidente de la Fundación Casa América de Génova

ÍNDICE

ALFONSO SCIROCCO

- P 5 *Ciudadano del mundo,
combatiente por la libertad*

ANNA MARIA LAZZARINO DEL GROSSO

- P 27 *El "noviciado" de Garibaldi en América Latina:
la "escuela de las balas" y la "escuela moral"*

ANNITA GARIBALDI

- P 45 *Piloto de altura e italiano cosmopolita*

AUGUSTO FERRERO

- P 51 *La presencia de Garibaldi en el Perú*

GIUSEPPE GARIBALDI

- P 81 *Páginas escogidas de las Memorias*

- P 82 *Prefacio*

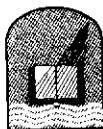
- P 85 *Enamorado*

- P 89 *Retirada*

- P 94 *En el destierro*

ROBERTO SPECIALE

- P 105 *2007: una ocasión importante*



COLECCIÓN "UN MAR DE SUEÑOS"

- 1 CUENTOS DE LA ISLA DE LAS NURAGAS
Bianca Pitzorno
- 2 CARRETERA CENTRAL, "VIA EMILIA" RELATOS
Asociación de escritores de Bolonia
- 3 GENTE DEL ASPROMONTE
Corrado Alvaro
- 4 RELATOS ESCOGIDOS
Curzio Malaparte
- 5 DE TU TIERRA
Cesare Pavese
- 6 LA GATA CENICIENTA Y OTRAS FÁBULAS
DE "LO CUNTO DE LI CUNTI"
Giambattista Basile
- 7 CUENTOS JUNTO A LA LUMBRE
Historias y leyendas de Cerdeña
Francesco Enna
- 8 EL HIJO DE BAKUNÍN
Sergio Atzeni
- 9 PENSAMIENTOS
Leonardo Da Vinci
- 10 PERO MI AMOR ES PACO
Beppe Fenoglio
- 11 CAVALLERIA RUSTICANA
Cuentos sicilianos
Giovanni Verga
- 12 EL VIENTRE DE NÁPOLES
Matilde Serao



COLECCIÓN "UN MAR DE SUEÑOS"

- 13 CÓSIMA
Grazia Deledda
- 14 HISTORIA DE BOLSILLO DE LA LITERATURA ITALIANA
Giuseppe Prezzolini
- 15 BERTOLDO
Giulio Cesare Croce
- 16 ÁNGELES LAGARTIJAS NIÑOS POR DOQUIER
Bruno Tognolini
- 17 REINA DE CÁNCER
Tommaso Landolfi
- 18 LAS AVENTURAS DE PINOCHO Historia de un muñeco
Carlo Collodi
- 19 LA CIENCIA EN LA COCINA Y EL ARTE DE COMER BIEN
Manual práctico para las familias (790 recetas)
Y EN APÉNDICE LA COCINA PARA LOS ESTÓMAGOS DELICADOS
Pellegrino Artusi
- 20 LA SIEMBRA SECRETA DEL ALMA Antología poética
Giovanni Pascoli
- 21 LA TINAJA Y OTROS CUENTOS
Luigi Pirandello
- 22 GARIBALDI Y AMÉRICA LATINA
Varios Autores

Bajo los auspicios de



Ministero per i Beni e le Attività Culturali

DIREZIONE GENERALE PER I BENI LIBRARI E GLI ISTITUTI CULTURALI
ISTITUTO PER IL LIBRO



Ministero degli Affari Esteri

DIREZIONE GENERALE PER LA PROMOZIONE
E LA COOPERAZIONE CULTURALE



FONDAZIONE
CASA AMERICA



Impreso por **brighi-venturi litografi** de Cesena (Italia).
El logotipo de "Un mar de sueños" es obra de Erio Carnevali.